

Presentación Jose Luna Borge



CARTAS DEL NORTE

Luis García

## AVISO

Sólo los libros adquiridos y descargados en la editorial española Literaturas Com Libros son originales. No nos hacemos responsables de ediciones que no hayan sido solicitadas desde nuestra página web.

Cuidado lector, es posible que recibas este libro, lo que no garantizamos si no lo has descargado en nuestro sitio oficial es que estés leyendo el autentico, el que el autor escribió.

Haz un uso respetuoso de este libro y de los derechos del autor. Gracias.



**Luis García**, es colaborador habitual en diferentes medios de comunicación impresos y digitales.

Dentro del entorno digital sus artículos, reseñas y entrevistas han sido publicados en las revistas Espacio Luke, Literaturas.com y en diferentes medios de México. Autor también de una amplia obra narrativa, sus textos se pueden leer en las publicaciones literarias Fábula, El Cobaya, La Pluma y el Tiempo, Texturas, Barcarola, así como en Galerna.

Puedes ponerte en contacto con el autor en:  
[luisgarcia@literaturas.com](mailto:luisgarcia@literaturas.com)

En Internet:  
<http://literaturascomlibros.blogspot.com/2007/01/6-cartas-del-norte-luis-garca.html>



# **Cartas del Norte**



Luis García

# Cartas del Norte

Literaturas  Com Libros

1ª Edición Marzo 2006

© José Luis García Fernández

Diseño de la colección: Benjamín Escalonilla

Reservados todos los derechos de esta edición para:

Literaturas Comunicación, S.L.  
Parador del Sol 9. E-28019 Madrid.  
[www.literaturas.com](http://www.literaturas.com)  
[info@literaturas.com](mailto:info@literaturas.com)

ISBN 84-609-9807-X

Deposito legal

Impresión: Publidisa

Impreso en España

*Para Ana, que siempre confió en mí.*

*Para Pablo y Henar, que siempre me  
están preguntando que estoy escribiendo.*



## PRESENTACIÓN

### El lector constante

Luis García es un fino lector que ha sabido hacer de la afición devoción. Los devotos de la lectura suelen acabar hablando o escribiendo sobre lo que leen, aunque sólo sea para justificar la visita a nuevos libros. El verdadero patrimonio de un escritor es, según Borges, el potencial de sus lecturas, que siempre está ahí, a mano, con su inquietante poso de historias de vida callada, esperando su momento. La magia de la lectura es tan misteriosa que uno nunca sabe cómo llega a ese club y una vez instalado no quiere salir. Luis García lleva años siendo socio honorario del club y acostumbra a ofrecernos sus opiniones aquí y allá, bien en forma de artículo, bien en el de reseña. Fue en el suplemento *La Mirada*, de *El Correo de Andalucía*, donde, creo, comenzó a publicar sus primeros trabajos. Allí mantuvo una sección titulada *Cartas del Norte* que es de donde le viene el nombre a este libro. En dicha sección sacaba artículos literarios de cuidada factura, pero lo que más publicaba entonces eran reseñas, y no precisamente de encargo sino sobre obras que de alguna manera le habían impresionado y quería dejar testimonio por escrito. Recuerdo libros de Julio Llamazares, Cristina Fernández

Cubas -junto a Luis Landero, una de sus pasiones- Álvaro Pombo, José María Merino, José María Guelbenzu, Antonio Muñoz Molina, Augusto Monterroso, Julio Torri, Álvaro Mutis, Truman Capote, Margaret Atwood... Nada le era ajeno; lo hispano, lo hispanoamericano o lo anglosajón. Firmaba entonces como Luis García Fernández, después lo haría, más escueta y familiarmente, como Luis García. De aquellas cartas publicadas en el discreto suplemento sevillano, se recogen aquí tres: «Círculos literarios: algo más que un club», «Azucarillos literarios» y «Julio Torri; un autor desconocido». El artículo de Luis García entra dentro de lo que los viejos preceptistas denominaban como «estilo ameno», queriendo señalar con ello que el artículo periodístico ha de regalar de forma agradable el oído, sin llegar a convertirse en lo que Doña Emilia Pardo Bazán denominara tan plásticamente como «merengada», y es que el edulcorante cuando se usa con largueza puede empalagar. Estos aquí seleccionados evitan, con mano amena y moderada, el riesgo, superando con creces la prueba del azúcar que en materia periodístico-literaria no es hoy moco de pavo. El acento, sin desdeñar la información, se pone en la opinión, evitando siempre la arbitrariedad, esa enfermedad hermana de la vanidad y amiga del ego desmesurado (colosal, que diría Pla) tan común en el gremio. Si por algo destacan los artículos de Luis García es por el aliento pedagógico y el afán didáctico que los envuelve. Dicho aliento se propicia por una frase llena de alusiones explicativas, abundancia de sintagmas digresivos y una sutil red de oraciones circunstanciales que, sin embargo, no llegan a cansar ni desdibujan el conjunto. Hable de lo que hable, a Luis García siempre le anima la pasión por la lectura y el amor a la literatura; dos buenos guías, sin duda, para todo escritor si no deja que se desboquen

como los potros jóvenes a los que se les da rienda suelta. El resto lo pone el oficio, el trabajo diario ante la página en blanco. Aquí los guías llevan buen bocado, la rienda es corta y el oficio tiene sólidos fundamentos y un tiempo por venir que, presumimos, largo y generoso.

José Luna Borge  
Sevilla, Otoño2005



## CÍRCULOS LITERARIOS: ALGO MÁS QUE UN CLUB

**E**n el peculiar e histriónico mundo de la literatura, surgen a veces iniciativas más o menos novedosas que no por inverosímiles llegan a materializarse de muy diversas maneras. Todos deberíamos recordar aquí la ingente labor de un insigne escritor, músico e inventor que, llamado a revolucionar con sus artes los entresijos culturales del París de la posguerra, habría de pasar a la leyenda de los inmortales merced a sus obras, su música o a las fehacientes labores en las que se encontraba inmerso en aquel entonces. Todos deberíamos recordar, y por qué no, reivindicar con fuerza el buen quehacer literario de Boris Vian y una de sus obras máspreciadas, *La espuma de los días*, auténtico manifiesto revolucionario en el que ya se apuntaban los principios programáticos de un selecto «club cultural» denominado «El Instituto de la Patafísica», del cual el propio Vian llegaría a ser junto a tantos nombres ilustres de nuestro siglo, caso de Raymond Queneau, Joan Miró, Marcel Duchamp o René Clair, sátrapa mayor para mayor gloria y honor del resto de los mortales. Boris Vian no fue sólo un escritor-músico-ingeniero y ocasional traductor. Fue la esencia

misma de que el surrealismo, tal y como lo habríamos de estudiar en nuestras escuelas, era posible mucho más allá del manifiesto de Bretón, de las imágenes de Buñuel o de la memoria de Dalí. Boris Vian fue el inventor o creador, según se mire, de los «surprise-parties», rebautizados posteriormente como «tarte-parties», especie de fiestas o «alter ego» de las tertulias literarias del momento, en una de las cuales, por ejemplo, habría de tener lugar la ya famosa ruptura entre Camus y Merleau-Ponty, a la par que Sartre intentaba calmar los ánimos de los susodichos ajeno totalmente a los quehaceres culinarios que el propio Vian practicaba con Simone de Beauvoir.

Me viene esto a la memoria, (lo del Instituto de la Patafísica, se entiende, «Único Colegio que no se Proponía Salvar el Mundo», en clara contradicción con el Instituto de la Metafísica) porque recientemente he tenido la oportunidad de releer un libro que, editado por Tusquets y apadrinado por Luis Landero, sentaba los principios de otro insigne «Círculo Literario» aquí en nuestro país: «El Círculo Cultural Faroni». El libro, una selección de setenta y ocho relatos hiperbreves provenientes de las tres primeras convocatorias del «Premio Internacional de Relatos Hiperbreves», premio entre cuyas bases figura el que ningún relato debe de superar las quince líneas, no es sino la obligada manifestación artúrica de aquellos que inconscientemente hicieron de la escritura una convulsión transgresora de la realidad, de los excesos y de los necesarios imprevistos del fin del II Milenio. Conviene aquí hacer un paréntesis y decir que el «Círculo» nació al calor de Faroni, «Quijote mediático» del siglo veinte y acertado personaje, quizás alter-ego, de su creador, Luis Landero, en la novela *Juegos de la Edad Tardía*. Pero no vamos a hablar de Luis Landero o su obra, ni mucho menos de los honorables

fines de tan peculiar «Círculo Cultural». No vamos a extendernos en un análisis concienzudo de los relatos (algunos verdaderamente magistrales) que se exhiben en el libro *Quince líneas*, ni tan siquiera a recomendárselo como lectura obligada para superar la depresión. No. Tan sólo he querido sacar a colación la existencia del «Club» en clara contraposición a otras antologías de relatos, para demostrar que a veces hace más el deseo de querer transmitir algo que la certidumbre de sentirse como un todo pasajero, lejos de cualquier otra indagación metafísica. El «Círculo» nació como tenía que nacer, según sus propios fundadores, en la trastienda de una pajarería de la calle Maudes de Madrid, al igual que «El Instituto de la Patafísica», me figuro que nacería al calor de algún cafetón del Barrio Latino parisino. Pero lo que sin lugar a dudas queda demostrado para todos aquellos que aún alimenten la sensibilidad con la lectura, es la inexcusable relación que se establece entre ambas entidades. Como Luis Landero reconoce en el prólogo a tan peculiar antología, jamás podría pensar que un personaje de novela, o mejor dicho, que un personaje nacido de la imaginación de dos personajes de novela, Faroni, pudiera desembocar en tan curioso desenlace. Lo que son las cosas. Rozando la inverosimilitud, alguien podría pensar que tal desviación no podría ser posible, precisamente por atentar contra uno de los principios sagrados de la creación literaria. Pero he aquí que unos mozalbetes, estudiantes de Filología, abogados, funcionarios o toreros, se encargan en la obra *Quince líneas* de echar al traste con toda una tradición literaria, que por más que lo neguemos se remonta hasta la época de Aristóteles.



## DOS HOMBRES, DOS NOMBRES

Johann Wolfgang Goethe trazó una «W» sobre la manta que lo arropaba poco antes de morir y casi cien años después, Orson Welles pronunció unas enigmáticas sílabas en su lecho de muerte, las de un nombre que a su vez había sido utilizado por el propio director de niño para bautizar el trineo de su infancia.

¿Coincidencia de dos genios o grotesco destino? ¿Conocía Welles los avatares que rodearon la muerte de Goethe? Es posible que sí, que el magistral director fuera conocedor tanto de la vida como de la muerte del genial poeta y dramaturgo, así como de las eventualidades que rodearon su imagen. No en vano, el carácter monolítico, estático y solemne del «padre» de Werther, a decir de Ortega y Gasset, podría perfectamente firmarlo la personalidad del «padre» del cine moderno. Ambos descubren en sus obras a personajes brillantes y vitalistas, marcados por su nacimiento y por la instrucción que habrían de recibir en su juventud. Ambos sabían y eran conscientes de ser unos genios y como tales se aceptaban. Cada uno en su disciplina, provocaron la perenne fascinación de ser excepcionales en todos los sentidos, ya que para un genio las cosas suceden de una forma fluida y suele dar por sentado

su inmortal condición desde su propia naturalidad. Fueron surgiendo de esa manera obras como *Penas del joven Werther*, conjunto de escritos que a pesar de no haber sido configurados en un principio por Goethe como un todo integral indivisible, en 1774 aparecieron como novela, y *Ciudadano Kane*, paradigma del cine contemporáneo, tanto por la temática que desarrolla como por la ejecución de sus planos en donde Orson Welles desborda maestría y oficio como pocas veces se había visto hasta entonces. La obra de Goethe, que vería prohibida su difusión en España por ser considerada «análoga a otras recogidas y condenadas por el Santo Tribunal de la Inquisición», debe su éxito a haber sabido conjugar como pocas la sensibilidad y el talante de una época marcada por el desarrollo de la Ilustración. Si al *Cándido* de Voltaire se le considera el símbolo filosófico-literario de una actitud ante la vida, *Penas del joven Werther* pasa por ser justo lo contrario, en definitiva «las sombras de la pasión» frente a «las luces de la razón», o por decirlo de otra forma, la lógica francesa frente a la candidez germana.

En cierto modo, el filme *Ciudadano Kane* está impregnado de idéntico romanticismo, algo que se ve desbordado en dos momentos de la película, dos instantes que coinciden con el momento clave en el que Orson Welles pronuncia la palabra sobre la que tanto se ha escrito. Mejor dicho, Welles la pronuncia en uno sólo de ellos, ya que en otro, lo que se visiona es un viejo trineo con dicha palabra grabada en su lateral consumiéndose por el fuego. ¿Qué mensaje quiso transmitir el genial director? Es posible que nunca lo sepamos, de igual forma que desconocemos el verdadero motivo por el que Goethe a la edad de 26 años decide partir para Weimar, la pequeña ciudad en la que habría de residir el resto de sus días como corte-

sano, hombre de estado y poeta, que es como realmente nos interesa conocerlo.

No es *Ciudadano Kane* una película fácil de ver aún a riesgo de parecer lo contrario, como tampoco *Penas del joven Werther* parece a simple vista una obra de cómoda lectura. Si cabe, ambas fueron concebidas en su juventud por dos espíritus indestructibles que vieron pasar la vida como una exhalación a su lado. Sólo cuando Goethe, después de trazar con sus dedos una «W» sobre la manta que le cubría, posiblemente la inicial de su particular Prometeo, o la de la indestructible Weimar, muere en una mañana del 22 de marzo, y cuando Orson Welles escupe con dolor mancillado la palabra Rosebud sobre el objetivo de la cámara, uno tiene la sensación de ser partícipe inconsciente de un secreto que va más allá del inicialmente creado por sus ascendientes



## AZUCARILLOS LITERARIOS

A menudo, uno se encuentra en la vida como sin quererlo con toda una suerte de locales, los mal denominados cafés literarios, en los que aún resulta posible tomarse una taza de buen café, cuidadosamente aderezado con pastas, galletas y demás complementos pasteleros que se nos ofrezcan, a la par que mantener una agradable tertulia, que ya se sabe que la cultura y el cultivo de la poesía acostumbran a estar reñidas con el estómago vacío.

A menudo, repito, uno se encuentra con semejante pléyade de desconcertantes sitios, los más de los cuales acostumbran a disponer entre sus servicios con su correspondiente carta de «cafés» (angoleños, brasileños, portugueses, aromatizados, tostados en leña, etc.), y sus peculiares ambrosías entre nobles maderas y alguna que otra li sonja selectiva, cuidadosamente aderezadas las más de las veces con las voces de algún cantautor, de esos mal llamados de culto.

Supongo que es fácil reconocer llegado este punto a uno de los más selectos de cuantos haya dado nuestra geografía: el Café Gijón de Madrid. Un café tan castizo, para mayor gloria y honor de sus habitantes, como la ciu-

dad en la que se asienta y al que de alguna forma se le considera como el paradigma de los cafés tertulianos. Allí, recuerdo haberme topado no hace muchos años, en una de mis escasas escapadas a la gran ciudad, con un sátrapa descafeinado venido a menos, uno de tantos a quienes les gusta ir de «Cronista Oficial de la Villa», COV, por aquello de dignificar tan noble oficio, intentando no se sabe muy bien si ligar con alguna acompañante veinteañera que perfectamente podría pasar por su nieta.

Tengo que reconocer que la idea que siempre había mantenido de un café literario estaba ciertamente alejada de lo que descubrí como por casualidad aquella hastiada tarde de domingo. Bueno, no fue por casualidad. Fui allí consciente de lo que me iba a encontrar y deseoso de endulzar mi paladar con una taza de café y con algunos versos que me hicieran olvidar mi lacónica dependencia de la cafeína. El Café Bretón, sito en una céntrica avenida del Logroño más postmoderno, tiene a bien ser el promotor de una curiosa iniciativa que no por novedosa resulta menos atractiva. Desde hace algunos años y me parece que van cinco si la memoria no me falla, se dedica a ser mecenas entre los mecenas y editor entre los editores. ¿Cómo? Muy sencillo. En los azucarillos que sirve con el correspondiente café (y me imagino que deben de ser muchos al cabo del día), se encuentran impresos por una de sus caras poemas, greguerías, o aforismos de diferentes autores, y por la otra un dibujo, una imagen alusiva también de algún ilustrador conocido o desconocido, que es capaz de sentir la literatura con la pasión necesaria como para dejarse imbuir por tan peculiar actividad. ¿Qué consigue con ello el Café Bretón? Por una parte llamar la atención de un neófito de la literatura como yo, y que consiguientemente me lleva a escribir sobre ello, y por otra, si se lo propusie-

ra, podría hasta llegar a entrar en el libro Guinness de los records, habida cuenta de que nunca una greguería de Gómez de la Serna o un poema de Foronda habrán tenido tanta difusión y habrán estado sometidos a tal volumen de ediciones.

Pero no son sólo los «azucarillos literarios» los encargados de llamar la atención a una exigente clientela deseosa de nuevas aventuras. También arropa una curiosa exposición de libros, que ya está bien de exponer fotos y cacharros de barro, entre los que se encuentran los propios editados al amparo de los sucesivos concursos literarios que bajo el nombre de «Café Bretón de novela» ha tenido a bien descubrir a autores selectos de nuestra literatura. Libros, cómo no, mezclados con otros propios de la tierra, de La Rioja, de sus gentes y de sus costumbres, todo convenientemente aderezado con carteles alusivos a las sucesivas «gestas literarias». En definitiva un templo para todos aquellos que de alguna manera amamos y sentimos la literatura como parte integrante de nuestras vidas. Siempre que mi camino se detiene en Logroño, y esto suele ser al menos una vez al año, procuro pasarme por «El Café Bretón» para poder engrosar mi particular biblioteca de «poemas azucarados». A veces, cuando siento la necesidad de deslumbrar a alguna chica procuro endulzarla con una taza de buen café y uno de los azucarillos mencionados.



## LA SECTA

**T**engo un conocido que recientemente publicó un artículo en un diario nacional en el que se sentía parte integrante junto a otros insignes colegas, Martínez de Pisón entre ellos, de una peculiar secta que se hacía llamar a sí misma como la de los congetianos, entendiendo por tales a los admiradores de José María Conget. Yo, que ni conocía ni había leído a dicho autor, no pude por menos que mostrar mi sorpresa y extrañeza por la confluencia en apenas siete días de dos recomendaciones similares, y ambas avaladas por dos de los más prometedores narradores de nuestra literatura. Pero cuál sería mi sorpresa cuando leyendo *Una cita con Borges* del propio Conget, recientemente editado por Renacimiento, me encuentro con uno de sus pasajes titulado «El final de una secta» en el que aludía a los mismos principios que llevaron a su admirador articulista a declararse congetiano. Se sentía José María Conget en esta ocasión ferviente admirador de Augusto Monterroso, y culminaba su tránsito por el capítulo reivindicando la existencia de la secta de los monterrosinos al margen de premios y oropelas. ¿Quiere esto decir que existió plagio de su admirador literario? Pudiera pensarse que sí, y en un primer momento así lo

interpreté y se lo hice saber a mis allegados. Pero reflexionando sobre ello, llegué a la conclusión de que el plagio no existió más allá de la simple confluencia de una actitud vital a la hora de afrontar una vivencia. Bonilla, que no es otro que el autor del artículo sobre Los Congetianos publicado en su sección semanal «Las afueras», no hizo sino homenajear a quien de alguna forma consideraba como su maestro, si se me permite la expresión. ¿Y existe mejor manera de hacerlo que utilizando sus propias reflexiones?

Todos de alguna manera nos sentimos partícipes de alguna secta, no en vano la asunción de los postulados de un pensador, filósofo o escritor pasa, además de por asumir como propios los mismos, por sentirnos cómplices con los demás de dicha forma de entender la vida, y por qué no, la muerte. Sirve esto para ilustrar, tanto la anécdota de Bonilla como la del propio Conget a quien estoy descubriendo lenta pero satisfactoriamente, para incitar desde estas páginas a mi propia secta, que seguro que existirá: la de los seguidores de Saramago, el insigne Nóbel y uno de los escritores más denostado por unos y más admirado por otros.

José Saramago ha sabido desde su voluntario exilio, no el físico en Lanzarote, sino el interior, aquel al que deberíamos de regresar todos de vez en cuando para reflexionar sobre nuestra propia existencia, aglutinar y remover las conciencias de quienes le escuchamos y leemos. Porque *La caverna* no es sólo una novela: es La Novela, ahora que está tan de moda hablar del partido del siglo, la madre de todas las guerras o el concierto que nunca se habrá de repetir. *La caverna* es La Novela porque aún entre sus páginas además de la facultad de contar, y bien, por cierto, la de formar, algo que se echa en falta en los escritores de este fin de siglo/milenio, excesivamente pre-

ocupados y enfrascados en batallas e intrigas palaciegas que poco o nada aportan al debate humano que debería de servirse desde las páginas de los diarios, y a la literatura en general. La particular batalla de Cipriano Algor contra el kafkiano y desconsolado Centro Comercial, paradigma productivo del Pensamiento Único, y la peculiar interpretación del mito de la caverna platónica, siempre es bueno recordarlo ahora que los años de facultad comienzan a pesar en exceso, nos retrotraen a un tiempo que posiblemente ni fue mejor ni peor que el presente, pero cuando menos diferente, y sólo por eso susceptible de ser criticado. Porque sólo desde la educación en valores, que con el tiempo nos permitirá censurar con justicia lo que vemos, nos convertiremos en hombres libres.

Es posible, como algunos pretenden demostrar, que la tremenda equivocación de Saramago parta de que no ha sabido interpretar que los centros comerciales actuales son los ágoras de la antigüedad, las plazas en las que el pueblo se reunía a departir con sus vecinos. Es posible. Como también que Bonilla nunca tuviera la tentación de plagiar una idea o una frase de José María Conget. Es posible. Pero como todo en la vida, siempre estaría sujeto a interpretaciones. Y sinceramente, yo prefiero nadar contra la corriente, equivocarme cien veces y sentirme un hombre libre, que no nadar con la corriente a favor y no equivocarme nunca.



## DE CINE Y LITERATURA

A la edad de quince años, solía acudir al cine de Arte y Ensayo con una regularidad que rayaba casi lo enfermizo, espartana disciplina de la que, al igual que me sucede con la literatura, quedan recuerdos mejores y peores. Una película de entonces de la que se habló mucho y se escribió más fue *El desencanto*, toda una parodia de la familia Panero y de la vida cultural española tan plagada de sagas y clanes sin los que difícilmente se entendería la historia del siglo XX.

Tenemos así en el cine a los Molina, Paula, Miguel y la inigualable y a veces inaguantable, Ángela, a los Bardem, grupo en el que los relevos de los más jóvenes, caso de Javier, superan a los próceres, Pilar y Juan Antonio, y por qué no, hasta a los Banderas, no en vano el propio Antonio hizo debutar en su estreno como director a su propia hija. En literatura, los clanes, las sagas, adquieren a veces tintes casi dramáticos, ya que suelen venir teñidos de luto. Los Goytisolo, de los que sólo quedan Juan y Luis tras el fallecimiento de José Agustín, continúan en su línea habitual, casi compitiendo entre ellos. Y Los Panero... ¡qué decir de los Panero que no se haya dicho, o que no haya quedado reflejado en la pantalla! Yo lo desconocía casi

todo de ellos (tenía quince años cuando vi la película) y aún tardaría muchos años en frecuentar su literatura y las historias de algunos como Leopoldo María Panero, poeta maldito donde los haya. Es por eso que la lectura del libro *Enigmas y despedidas* de Juan Luis Panero, ha conseguido un doble objetivo: acercarme a una literatura y a un autor a quien tenía en el dique seco, y recordarme cuando fui a ver, inocentemente, lo juro, *El desencanto*.

La película no se la recomiendo a casi nadie, a no ser que sea un purista y se quiera indagar desde otro punto de vista en la vida de una de las familias de poetas más respetados del siglo. Entiendo que nunca la intimidad debería ser motivo de escarnio y exhibición pública, ya que apenas encuentro diferencias entre el filme y el esnobismo de quienes en beneficio «del arte» se encierran en una casa durante noventa días aduciendo que lo que hacen es una «performance» o un experimento. Tanto da. Yo al menos, no la veo.

De los Goytisolo, qué decir que no se sepa. Los dos que quedan continúan reclusos en su voluntario ostracismo y salvedad de algún que otro artículo en un diario nacional que siempre provoca polémica, no se les conoce vida social mas allá de lo exigido. Pero voy a hablar de Luis, que a Juan me referiré en otro momento, quizás cuando hable de la plaza de Jemma el Fnaa. Conocí la obra de Luis Goytisolo, como muchos otros, merced a los buenos auspicios de un profesor de literatura que afirmaba sin pudor y con gran acierto que en el futuro se estudiarían sus textos como entonces se estudiaban los de Cela, Machado o Luis Martín Santos. Eso me llevó a su mastodóntica *Antagonía*, casi en las mismas fechas en las que me acerqué a la particular interpretación del mito helénico Ulises de James Joyce, y en las que en plena efer-

vescencia de los cines de arte y ensayo visioné *El desencanto*. Me resulta difícil así separar hoy en día el cine de la literatura, no por lo que los une, que es mucho, sino por lo que los separa. Y ya que estamos de confesiones, cabe decir aquí que le debo a Luis Goytisolo el que con él comenzara mis pinitos como escritor. Modestos, eso sí. Pero ahora, tras la oportuna publicación de *Diario de 360°*, es de justicia otorgar al César lo que es del César. Afirmaba Luis Goytisolo en una reciente entrevista que «llegará un día en el que nadie escriba novelas», categórica afirmación que se entiende si se quiere subrepticamente tras la lectura precisamente de *Diario de 360°*, obra en la que mezcla en un alarde narrativo sumamente eficaz diferentes géneros literarios: el diario, el ensayo y la novela. *Diario de 360°* es la crónica escrita y la no escrita de un tiempo, de un siglo y si se quiere de una generación: aquella que convivió bajo los auspicios de *Antagonía*, su gran obra de juventud y madurez, y que fue creciendo a la par que su autor. Supongo que es difícil para un escritor de la talla literaria de Luis Goytisolo mostrarse ajeno a la impronta de su apellido. Pero si se añade a dicha impronta la importancia que su obra tuvo, tiene y tendrá para las generaciones futuras, no cabe duda que conviene hablar de él como de uno de los grandes. Reflexión que es aplicable y extensible a los Panero y su *Desencanto*. No en vano nosotros somos los hijos de una generación desencantada quizás porque accedimos a demasiadas cosas antes de tiempo (la política, el sexo, la vida...) o porque pretendimos indagar allá donde nuestro sentido común, el más común de los sentidos, nos invitaba a quedarnos en la superficie.



## CUANDO TIM BURTON DESCUBRIÓ A TIM BURTON

Una vez más, una película, llamada con el tiempo a ser considerada casi como de culto, nos ofrece a la vez que la espectacularidad de sus secuencias, la oportunidad de descubrir a un autor estadounidense del siglo XIX, que curiosamente había permanecido oculto hasta la fecha en los anaqueles de cualquier biblioteca pública. Cuando Tim Burton descubrió a Tim Burton yo aún desconocía el alcance de su cine, pero sí que intuía que estaba llamado a encuadrarse dentro de los grandes del género. Había conseguido, con apenas media docena de filmes, que tanto adultos como niños disfrutasen con su peculiar forma de entender el séptimo arte, y por extensión la vida.

Tengo que reconocer que a veces es necesario un pequeño empujón, y en mi caso no fue sino la visión de *Pesadilla antes de Navidad*, una película para adultos que gusta especialmente a los niños (que se lo pregunten si no a mi hija Henar para quien es su preferida), la que me aficionó al cine de Burton. Por eso, el regreso de Tim Burton no por esperado resultaba menos atractivo. ¿Qué historia nos traería esta vez? La sorpresa, después de la espe-

ra, es la adaptación (muy libre) de un relato de Washington Irving, reciente y oportunamente recuperado magistralmente por la Editorial Alba. Me estoy refiriendo, como no, a *La leyenda de Sleepy Hollow*. Si usted, circunstancial lector, no es un aficionado a la literatura de los siglos XVIII y XIX, una literatura que ahora en el siglo XX denominan eufemísticamente como gótica, si no es capaz de dejarse seducir con su adormecedor y ensoñador halo de romanticismo más allá de los espíritus cansinos que suelen crear, pues... sencillamente, pase de largo por este artículo. Vea la película (que sin duda le encantará) y olvídense de quien creó la leyenda y de cuanto le rodeaba en aquel entresijo burtoniano. Pero si usted, lector, aún mantiene intacta su capacidad de asombro, precisamente en unos tiempos tan carentes de originalidad en los que parece que casi todo está inventado, o cuando menos reciclado, y cree firmemente que el valle que da nombre a la leyenda, Sleepy Hollow, no sólo es posible que exista, sino que es capaz de localizarlo incluso cercano a su ciudad, deténgase en la historia del desgraciado soldado de caballería de Hesee, quien habiendo perdido su cabeza en una batalla de la Guerra de la Independencia todas las noches se levanta de su tumba y se encamina galopando hasta el campo de batalla en un último y desesperado intento por recuperarla. Porque *La leyenda de Sleepy Hollow*, no es sino la historia del Jinete sin Cabeza, una historia manida que los más viejos creen reconocer les contaban de niños. Y es la historia de Ichabod el maestro, quien sin pretenderlo habrá de convertirse en un eslabón más de una fábula tan aparentemente pueril en su concepción como hermosa en su tradición.

Tim Burton lo ha conseguido. Cuando parecía imposible, se saca de la chistera una historia tan atractiva

como todas las anteriores, y nos ofrece un relato magistralmente construido, tanto como el original de Washington Irving. Porque la vida no es sino una desesperada búsqueda de nosotros mismos, aunque esta venga representada en forma de jinete sin cabeza a lomos de un caballo.



## CONJURANDO DEMONIOS

La lectura de cualquiera de las obras del Nóbel colombiano Gabriel García Márquez no viene exenta generalmente de un halo de misteriosa incredulidad. «¿Cómo se le habrá ocurrido este acontecimiento?», se pregunta el sufrido lector. O, «¿cuál fue la génesis de este suceso, o la definición de aquel otro personaje?».

La mayor parte de las veces, estos misterios se quedan en la trastienda del autor, allá donde lentamente se va acumulando un poco de geografía humana, imprescindible para la realización de una novela de varios cientos de páginas y personajes, un tanto de anécdotas, tan reales como lo pudieran ser las propias del escritor, quien según va adelantando y prefigurando su obra recuerda con ternura los buenos y los malos momentos por los que pasó en su infancia, y un mucho de talento, tan necesario en estos tiempos de ambivalencia cultural, para cuadrar y enmarcar una historia de pasiones, enredos y venganzas, sin el cual sería prácticamente imposible llevar a buen término la empresa propuesta. Es por eso que una de las anécdotas más curiosas que recuerdo de Gabo, al hilo de su escritura de *Cien años de soledad*, fue cuando le preguntaron por el motivo de que hubiese dotado a uno de los

personajes en un momento de la novela, con toda una suerte de golondrinos de difícil clasificación.

—Mire usted —contestó sin inmutarse— recuerdo que por aquel entonces yo escribía en una vieja Olivetti, y que me habían salido en las sobaqueras unos extraños bultos que se empeñaron en crecer hasta tal punto que cuando trabajaba sólo podía mantener los brazos levantados como un pájaro presto a volar. Más tarde supe que aquellos bultos recibían el nombre de «golondrinos», y no se me ocurrió mejor manera de eliminarlos que traspasándoselos a uno de los personajes de la novela. Y, créame usted, que realmente funcionó. No sólo desaparecieron de mis sobacos, sino que nunca más padecí tan molesta dolencia.

Pero como la realidad acostumbra a superar a menudo a la ficción, en otra ocasión Gabo recordaba cómo escribiendo *El otoño del patriarca* se le ocurrió imaginar un atentado que poco o nada tuviera que ver con los modelos que habitualmente se conocían. Nació así un magnicidio que posteriormente pretendía incluir en la novela, que básicamente respondía al modelo siguiente: alguien le ponía al dictador una carga de dinamita en su coche, con tan mala fortuna que aquella mañana es su esposa quien lo coge para irse de compras. A mitad del trayecto, el coche estalla y termina su recorrido en lo alto del mercado. Una situación tan aparentemente sencilla que sin embargo se vería truncada de raíz meses después, cuando ya la obra estaba prácticamente ultimada y a punto de ser enviada a imprenta, por un suceso francamente similar, lo que le lleva a cambiar tanto de escenario como de procedimiento operativo. Así, Gabo abandonó el coche y con toda la parafernalia surrealista que había creado en la novela se inventó a unos perros carniceros especialmente entrena-

dos para matar, algo, por cierto, muy verosímil hoy en día, que se abalanzan sobre la mujer del dictador cuando llega al mercado y la despedazan. Gabo siempre recuerda que le fastidió especialmente el haber tenido que renunciar al atentado del coche, aunque hay que reconocer que con el nuevo suceso la novela mantuvo su espíritu. ¿Salió ganando la novela con la nueva dimensión que le dio el autor? Es difícil precisarlo con exactitud, toda vez que es el propio autor quien acostumbra a referirse a ello con insistencia, quizás buscando una manera de exorcizar sus viejos temores. Pero lo que es cierto es que todo novelista, articulista, ensayista o crítico literario, cuando se encara a un trabajo, no hace sino utilizar los recursos que previamente han utilizado otros ya desde la antigüedad, recursos tanto escritos como hablados, y que cuando ese trabajo lo traslada a un papel que posteriormente habrá de ser leído por miles, o millones de lectores, no hace sino conjurar constantemente a sus demonios, no vayan estos en el último momento, como casi le sucede a Gabriel García Márquez, a jugarle una mala pasada.



## DÍAS DE VINO Y ROSAS

**N**unca dejará de sorprenderme. Cuenta una conocida publicación literaria (reconozco que no está bien mentar a la competencia pero resulta poco menos que imprescindible) que a pesar de haber trascurrido trece años desde su muerte alguien sigue pagando las facturas de la luz de Marguerite Yourcenar fallecida el 17 de diciembre de 1987, alguien que se hace llamar Marguerite Yourcemar. Nada más terminar de leer la noticia, recordaba aquella otra leyenda (y como tal hay que considerarla) que dice que todos los días 7 de diciembre, día del aniversario de la muerte de Edgar Allan Poe, fallecido en 1849, devotos anónimos de su obra depositan un ramo de flores y una botella de güisqui ante su tumba, no se sabe muy bien con qué oscuros y tenebrosos motivos. Sirve esto para ilustrar la idea de que los auténticos epitafios aún están por escribirse, ya que siempre quedará la duda de que ambos hechos, lejos de ser aislados, formen parte de una conspiración de mayor calado mesiánico.

Sé que resulta difícil imaginar a una Yourcenar anciana urdiendo un plan tan maquiavélico como el que nos ocupa, que un o una admiradora continúe tras su muerte pagando las facturas de la luz. Porque puestos a dejarse

llevar por telúricas tramas cabalísticas, ¿por qué no que también continúe entregando regularmente artículos a la prensa, o publicando relatos y libros? Y rizando el rizo, podría hasta incluso presentarse a diferentes premios literarios esperando el fatídico día en que la confirmasen que había resultado ganadora en alguno de ellos, quizás en ese Nóbel que tantos esquinazos le dio. Pero, ¿qué sucedería llegado ese caso? Pues que se desharía el entuerto, que se sabría la verdad, y ésta siempre resulta dolorosa. Y lo peor de todo, que su nombre quedaría mancillado para siempre, perdiendo el hecho de continuar pagando la factura de la luz ese halo de romanticismo que algunos quieren ver.

El caso de Allan Poe resulta diferente, entre otras cosas porque es difícil de confirmar. No me imagino a un lector, por muy apasionado que sea de su obra, arrimarse a Baltimore sólo para comprobar que el día 7 de diciembre una botella de güisqui anónima espera que el genuino escritor salga de su agujero para echar un trago. Y no me lo imagino porque posiblemente se trate de la acción de un bromista que como yo algún día escuchara la leyenda. La figura de Edgar Allan Poe puede dar mucho juego, no en vano a su incuestionable cualidad literaria se le une una desordenada vida que ayudó a forjar su leyenda de autor maldito. Pero de ahí a la historia que circula media un abismo. Tan sólo faltaría en tan peculiar anal que la botella fuese de vino amontillado. Al final es un poco como la carta de despedida de García Márquez que circula por internet, carta que nunca escribió y que él mismo se encargó de desmentir. Otra vez la obra de un fanático o de un bromista. Pero en el milenio de las nuevas tecnologías y en la desasosegada caverna en la que vivimos como muy bien se encargó de recordarnos Saramago, es más fácil recurrir a ese tipo de semblanzas para tener la sensación

de que también los poderosos y aquellos que un buen día tocaron el cielo con la punta de sus dedos están sujetos al mandato divino de lo perdurable. Pero mientras tanto, alguien tan ajeno como la propia autora continuará pagándole las facturas de la luz a Yourcenar, entre otras cosas porque cuando la insigne escritora falleció aún no se había desarrollado internet. En caso contrario es posible que dichos pagos los hiciera a través de su tarjeta de crédito desde un ordenador anónimo. Porque ese ordenador, y aquél o aquélla que diariamente se siente ante él, no representaría sino la nueva caverna platónica. Relean el mito de la caverna de Platón, piensen en él con detenimiento y coincidirán conmigo en que o bien ponemos freno a tanta irracionalidad o acabaremos como la anónima persona que le paga a luz a Marguerite Yourcenar. Haciendo caso omiso a nuestro psicoanalista.



## REINALDO ARENAS VERSUS JAVIER BARDEM

A certada elección la del camaleónico Javier Bardem para interpretar al escritor cubano Reinaldo Arenas, autor maldito donde los haya, que contribuyó a su propia leyenda suicidándose en 1990 cuando ya el sida había hecho la suficiente mella en él como para incitarle a renunciar a la vida. No es casual por tanto dicha elección. Estamos ante uno de los actores con mayor proyección internacional (con el permiso del californiano-malagueño Antonio Banderas), uno de los que mejor saben transformarse y uno de los que más verosimilitud imponen a sus interpretaciones. Sea en su papel de empresario de barrio castizo dispuesto a comerse el mundo (*Huevos de oro*), de macarra de carretera (*Jamón, jamón*) o de chivato drogadicto (*Días contados*), Javier Bardem no defrauda. Por eso este salto a la escena internacional se le hacía casi como obligado. Y lo ha hecho interpretando a uno de los grandes.

No debió de ser fácil la vida de Reinaldo Arenas, pero es que no debió de haberlo sido para quienes como él intentaron aunar fidelidad a la Revolución con su condición de escritor homosexual. Sin embargo, llama poderosamente la atención que otros autores coetáneos suyos

también homosexuales, a pesar de verse en algún momento de sus vidas marginados por el régimen, no sufrieran tan dramática represión. Porque hay que recordar que el hecho de formar parte de la tripulación del Mariel fue antes que nada una humillación, un estigma que aún perdura hoy en día para todos aquellos que como él pasaron a la historia como los «marielitos». Y ésta, justa o no, sí que resulta inmutable por muchas correcciones que se le hagan, y sobre todo gracias al cine de Hollywood. Por eso cobra mayor sentido ahora la película sobre la vida del poeta y narrador Reinaldo Arenas, escritor que hizo de su condición sexual la razón de su devenir literario, y que sin duda, y a pesar de moverse en los ambientes gays más destructivos, gracias a la película que pudo encumbrar a Javier Bardem cobrará mayor éxito actualmente.

Pero ya se sabe que lo cubano está de moda. Basta con echar un vistazo a cuanto se edita hoy en día. ¿Quién, salvando sus incondicionales, conocía la obra de Virgilio Piñera? Pocos, seamos realistas. ¿Y la de Reinaldo? Nuevamente y por desgracia, el cine de Hollywood pasa por la izquierda a la literatura y viene a echarnos una manita. Y obviando su pronunciada aversión ante lo políticamente incorrecto (véase homosexualidad, afroamericano, etc.) da una vuelta de tuerca y nos recuerda que sólo él puede encumbrar o enterrar a una figura. Felicitemos por tanto a Javier, que se lo merece, leamos las novelas de Reinaldo Arenas reeditadas por Tusquets, pero no perdamos de vista el que si esto es así se lo debemos a los sátrapas de los Grandes Estudios que como casi siempre dan una de cal y otra de arena. Y en esta ocasión tocó la de cal.

Pero al margen de sus cualidades cinematográficas, conviene quedarse con las literarias. La literatura de Reinaldo gusta, y mucho, a quienes como él adolecen de igual

condición, lo que lleva consigo el etiquetamiento. Es una literatura limpia, posiblemente más de lo que debió de ser su propia vida si hacemos caso de lo que nos cuenta Eliseo Alberto, también escritor y cubano como él. No es el momento por tanto de visionar su vida desde un punto de vista morboso, aunque seguro que los académicos no se habrán visto imposibilitados para hacerlo. Es el momento de disfrutar con sus novelas, y de observar cuando visio-nemos en vídeo la «Gala de los Oscars 2001» la sombra que sin duda planeará sobre el patio de butacas. Porque a buen seguro, no me cabe ninguna duda de ello, que el propio Reinaldo habrá asistido al acto, y se habrá reído un poco, por qué no, de todos aquellos que un día intentaron humillarlo bajo el apodo de «marielito».



## NOVELAS DE INICIACIÓN

¿C aducan los libros en las estanterías de nuestras casas, al igual que una lata de sardinas, un estofado o un yogurt? Indudablemente la respuesta a tan pueril pregunta debiera ser un rotundo NO. No se podría entender de otra manera. Pero hecha esta consideración sin ningún pudor por nuestra parte, creo que sería bueno que iniciáramos de nuevo el artículo con la misma pregunta: ¿caducan los libros?, ¿sí, o no?

Soy de la opinión de que las primeras lecturas, aquellas que se devoran en la adolescencia casi sin criterio, salvo el que te imponen y condicionan los amigos o las modas, no suelen dejar el sedimento necesario como para regresar a ellas de una forma más pausada ya en la madurez. Desde ese punto de vista se podría entender que las mismas tendrían fecha de caducidad. Sí que es cierto que descubrí a Camus, a Sartre, a Herman Hesse y a Lawrence Durrell, por citar sólo a cuatro de los grandes, con apenas quince años, cuando mi formación como lector aún se encontraba en un estado incipiente, pero siempre mantuve que fue un hallazgo prematuro. Como se dice vulgarmente, los árboles me impidieron ver un bosque al que nunca más hube de regresar. Este razonamiento habría que cir-

cunscribirlo dentro de una crítica reflexión, pero como digo uno no siempre es dueño de su destino (casi nunca), y la elección de las obras a leer no habría de ser una excepción.

Casi veinte años después de los hechos que he intentado esbozar quizás de una forma desordenada, el editor Jorge Herralde publica en Ediciones El Acantilado el libro *Opiniones mohicanas*, un libro sobre libros y posiblemente uno de los más curiosos de cuantos se puedan editar este año. ¿Por qué? Porque no es usual leer las reflexiones del que pasa por ser el único editor independiente de este país, y verlo desnudarse ante nuestros ojos de lector como si de un niño se tratara. Y cuando uno ha leído y digerido lo que en él nos cuenta sobre aquellos autores que nos fue descubriendo con el tiempo desde la Editorial Anagrama, llega a la conclusión de que la diferencia que nos separa con él como lector es tan nimia que no merece ni que se mente. Cuenta Jorge Herralde cómo nació su proyecto, cómo fue perfilando las diferentes colecciones, y no puedo por menos que congratularme de la anónima elección de los autores que desfilaron por su catálogo desde sus comienzos. Con Anagrama descubrí a Patricia Highsmith, a Navokov, Truman Capote y Antonio Tabucchi, pero también a Ignacio Martínez de Pisón, Sergio Pitol, Josefina Aldecoa y más recientemente a Pablo J. D'ors (que me perdonen aquellos que no cito). Los hay que se han caído de la lista inexplicablemente, como el argentino Miguel Enesco, y algún otro elefante blanco que prefirió en un momento dado las mieles de otras editoriales. Pero sabe Jorge Herralde que la labor de un editor es un poco la de un mecenas compartido, la de una apuesta a largo plazo de interés variable, la de un pacto de sangre que va más allá de lo inicialmente expuesto.

Nunca se sabe por dónde van a ir los derroteros literarios, motivo por el que siempre es arriesgado aventurarse y otorgar el Premio Herralde de novela a un joven de apenas veintitrés años como es el caso de Andrés Neuman, o a un por entonces poco conocido Álvaro Pombo allá a comienzos de los años ochenta. Pero el tiempo, la constancia y la fidelidad de los incondicionales le han dado la razón. Así, cualquiera que hojee la contraportada de *Vals de Mefisto* de Sergio Pitol se encontrará tan sólo con dos títulos publicados hasta esa fecha dentro de Narrativas Hispánicas: *El héroe de las mansardas de Mansard* y la obra mencionada. Pero también encontrará que dicha contraportada anunciaba ya en 1984 a escritores de la talla de Enrique Vila-Matas o Valentí Puig. Dos novelistas de catálogo que el tiempo haría imprescindibles dentro de la editorial.

Quiero decir con todo ello que hay que reconocerle a Jorge Herralde no sólo su intuición para descubrir talentos, sino también la capacidad de encantamiento que tiene para mantenerlos dentro de su proyecto editorial que se me antoja aún no ha tocado techo por mucho que se empeñe la competencia. Y lo que es más importante, para demostrarnos que por mucho que se empeñen algunos agoreros los libros nunca, nunca caducan en las estanterías de nuestras casas. Y para eso precisamente ha escrito un libro sobre escritores sin fecha de caducidad.



## IGUALES PERO DISTINTOS

Se han fijado en la extraña coincidencia de las portadas de los libros? Quiero decir. Últimamente, quiero pensar que por pura casualidad ya que de lo contrario tendríamos que estar hablando de la escasez de ideas de los diseñadores de las mismas, confluyen en las librerías diferentes textos con idénticas tapas, lo que a menudo da origen a confusiones, o cuando menos a comentarios curiosos por parte de cuantos seguimos el mercado editorial como si de una etapa reina de la Vuelta Ciclista se tratase. Y para que nadie se llame a engaño, voy a citarles tan sólo algunos casos, en la seguridad de que son muchos más: nos encontramos así con el ensayo *El universo, los dioses, los hombres*, de Jean-Pierre Vernat (Anagrama) cuya portada, detalle de crátera ática del año 570 a.C., lo podemos ver, además de en el Museo Arqueológico de Florencia, en la novela *La caverna de las ideas*, (Alfaguara) de José Carlos Somoza. También podemos deleitarnos con el *Retrato de Poseuse* de George Pierre Seurat tanto en los *Cuentos Completos* de Catherine Mansfield editados por Alba como en la novela corta de Antonio Muñoz Molina *En busca de Blanca*, editada por El Círculo de Lectores, o con el retrato de I.S. Turgueniev de V.S. Pérov (1872) en *Diario*

de un hombre superfluo (KRK) y Páginas autobiográficas (ALBA) ambos del propio Turgueniev.

Pues bien. Lejos de ser una curiosidad resulta cada vez con más frecuencia una constante dentro del gremio editorial, como si se intentase con ello cubrir una carencia determinada, o contrarrestar un éxito puntual. Pero, ¿caso Muñoz Molina necesita ampararse en estrategias de mercado para vender más libros? ¿Se imaginan ustedes a Manuel Vicent compitiendo con otros autores (ahora que recuerdo, también sus *Máscaras*, de Aguilar se vio reproducido en *El barón y las bestias del infierno*, de Juan Perucho, en la Editorial Xordica) por un pedazo de la tarta de ventas?

Cuando era más joven, y acudía con regularidad al cine, recuerdo que cuando terminaba la película siempre me quedaba hasta el final aguantando el tipo, es decir, hasta que pasaban todos los títulos de crédito. Esa costumbre, por desgracia desaparecida hoy en día merced a la mala educación de los espectadores que no contentos con mostrarla en público se dedican a inculcarla a sus hijos, junto a las temidas palomitas de maíz, esa costumbre decía, consiguió que con el tiempo conociéramos a los diferentes responsables de fotografía de los filmes, a sus jefes de vestuario y hasta a quien traducía a un determinado autor. ¿Quién no recuerda la traducción de los *Cuentos* de Allan Poe por Julio Cortazar, o la de la trilogía de Italo Calvino que bajo el genérico título de *Nuestros antepasados*, conformada por *El barón rampante*, *El vizconde demediado* y *El caballero inexistente*, habría de consagrar la labor de Esther Benítez? Sirve todo esto de ejemplo, porque por desgracia sólo recientemente se había comenzado a valorar las carátulas de las portadas de los libros, pero supongo que muy pocos lectores estamos en disposición de citar al responsable del diseño gráfico de alguna editorial, salve-

dad expresa, por supuesto, de Enric Satué, a quien nunca podremos agradecerle lo suficiente la sobriedad de aquellos volúmenes de antaño de Alfaguara. Todos iguales, pero todos diferentes.

Es por eso que me llama la atención el que ahora, justo cuando la profesión de diseñador comienza a ser respetada, las editoriales muestren sus debilidades tan a las claras y sin ningún pudor exhiban en los escaparates de las librerías y en igualdad de condiciones los títulos de su catálogo, como denostando e infravalorando una de las razones fundamentales que intervienen a la hora de la compra de un libro: la portada. Porque existen libros, no nos llamemos a engaño, que se adquieren única y exclusivamente por la atracción que sobre nosotros ejerce su portada. Pero cuando ésta se repite con insistencia, y a veces coincidiendo con un autor que nunca habríamos de comprar, dicha atracción, cual exuberante manifestación telúrica, pierde su virtud enterrada entre bastidores y se dispone a dormir el sueño de los justos, o el del olvido. No desdeñemos un libro por el talante de su cabecera, no sería justo. Pero dotémosle de la personalidad y del rigor estilístico necesario para que, como en aquellos filmes de antaño, sepamos reconocerle con el tiempo merced a la huella dactilar que dejó en nuestro interior.



## LA GÉNESIS DE LA NOVELA

**L**a génesis de una novela, de un poema o de un relato corto, en definitiva de cualquier historia que nos propongamos contar en un momento determinado, suele venir precedida de un proceso de sedimentación paliativa, que es como a mí me gusta referirme cuando hablamos de las musas, de la inspiración o del innato talento que se le presupone a cualquier creador. Algo hay de incuestionable en esa consideración, si nos detenemos a analizar cuanto se escribe actualmente. Y algo debe de haber de cierto, porque o bien de una premisa, las musas, o bien de la combinación de dos de ellas, la inspiración y el talento, o del agresivo cóctel que se define de las tres una vez cuidadosamente combinadas, se define el resultado final de toda obra creativa, un resultado que no siempre viene acompañado del éxito o del reconocimiento, y que las más de las veces se enmarca dentro de lo efímero que de por sí tiene toda actividad neurológica. Podríamos incentivar, a partir de esta última consideración, que todo acto creativo tiene un «algo» de autodestructivo, y un mucho de equilibrio entrópico.

Recientemente, hemos tenido la ocasión, la suerte o la fortuna de contemplar una de las más curiosas inicia-

tivas artísticas que se hallan podido realizar. Me estoy refiriendo a la «metaexposición» Diáspora, una curiosa iniciativa que ha plagado de «movimientos escultóricos» la ciudad de Oviedo, que ha sido vilipendiada hasta la saciedad, y que finalmente terminó en el más absoluto ostracismo merced a que los objetivos propuestos inicialmente no iban parejos con la calidad de las obras o de los «espectáculos» ofrecidos. La génesis en esta ocasión no partió del creador, sino de la chequera de unos señores empeñados en demostrar que progresía no está reñido con conservadurismo político (¡que ironía!).

Uno puede escuchar historias todos los días, en el trabajo, en el metro o en el autobús, que por más que se lo proponga, a no ser que esa sutileza o ese dilema que se le presenta o en el que cree reconocerse salte oportunamente hasta la pantalla de su ordenador en forma de poema o relato, o hasta el lienzo en forma de bodegón o retrato, siempre se verá imposibilitado para acelerar un proceso a menudo ajeno pero siempre entrañable.

Y me viene este razonamiento, porque he tenido ocasión de escuchar recientemente a Antonio Muñoz Molina a raíz de la publicación de su última novela, *Carlota Fainberg*. Decía Muñoz Molina, siempre tan discreto, siempre tan huidizo, siempre tan poco locuaz, que «toda historia no es sino una suma de otras muchas historias, de las que no se sabe ni donde acaban ni donde comienzan». Y de esa forma tan sutil, tan enigmática y tan agradecida, se dedica a desentrañarnos a nosotros, los oyentes, las peculiaridades de la génesis de una novela corta, cuyo embrión básicamente tiene su comienzo cuando hace unos cinco años recibe el encargo de escribir una narración relacionada con *La Isla del tesoro*. Descubre entonces con asombro un tesoro con las anotaciones escritas ¿dieciséis

años atrás? sobre una amiga llamada Mónica Fainberg, por entonces jefa de prensa de Planeta y Seix Barral, quien se había empeñado en hacer suya la causa de sacar adelante el que con el tiempo sería su primer éxito de ventas y de público, *El invierno en Lisboa*, y decide que ha llegado el momento de dar cuerpo a una historia que le ronda la cabeza hace tanto tiempo que hasta es posible que olvidara que incluso se afeitaba cada dos días. Así nació *Carlota Fainberg*, como sincero homenaje a Mónica Faimberg. Y es que ¡cuántos quisiéramos tener una Faimberg en nuestras vidas! Después de haber leído con esmero y hasta con pasión adolescente la última novela de Muñoz Molina, un autor recurrente al que se espera con impaciencia, deduzco el porqué contaba en la radio lo fácil que era volver a encontrarse con sus temores mancebos, con sus historias misteriosas a medio camino entre el sueño y el juego, y cómo no, con las que sin duda deben de ser sus lecturas más queridas. Aquellas que nacen de la devoción de amar y sentir la literatura como pocos saben hacerlo. Porque el respeto a la letra escrita pasa inevitablemente por asumir como propias las creaciones de todos aquellos que nos han precedido. (Y me niego en esta ocasión a citar nombre alguno, so pena de cometer una de las mayores injusticias, que sería la del inconsciente olvido de algunos autores). Dice Muñoz Molina que «Borges ha tenido una influencia decisiva, formativa»... y «que con él la escritura dejó de ser inocente, natural, porque había que atacar a la Dictadura», es decir, con él la escritura comenzó a tener una nueva dimensión, y a vagar eternamente hasta hoy en día, por los vericuetos caminos del compromiso social y político.

La génesis de una obra nunca debemos de buscarla más allá de nuestra presencia más querida. (Un poema está

impreso en la sonrisa de unos labios, en la dramática fotografía de un niño africano atacado por la hambruna más capitalista de cuantas hallamos podido captar, o en el desasosiego que produce el levantarse por la mañana y contemplar amargamente que el mundo no ha dejado de girar). Y una vez más, Antonio Muñoz Molina, haciendo bueno aquel aristotélico principio que estudiáramos en la Universidad, nos demuestra como si de un axioma se tratara que también él la encontró esperándole pacientemente a la vuelta de la esquina en una vieja libreta de anillas en donde la llevaba esbozando casi diez años.

## NOVELAS INÉDITAS, NOVELAS INSÓLITAS

Cuenta Luis Goytisolo que, cuando formaba parte en los años sesenta del Comité de Lectura de la editorial Seix Barral (lo pongo con mayúsculas, ya que a mi entender y por la escasa experiencia que tengo me parece uno de los oficios más difíciles y peor retribuidos que existen), llegó a sus manos un ejemplar de un desconocido autor argentino, que respondía al título de *La Gándara*. Una gran novela, a su juicio, que sin embargo no mereció la aprobación de sus compañeros de dicho Comité, entre otras cosas porque sobre la mesa tenían una obra maestra: *La ciudad y los perros*, de Mario Vargas Llosa. Y es que, como él mismo afirma, hasta el propio Carlos Barral se equivocó en alguna ocasión (si por equivocación puede interpretarse). Baste recordar la anécdota del manuscrito de *Cien años de soledad*, que el editor tuvo sobre su mesa y que rechazó para mayor gloria de la competencia.

A la vista de lo que nos cuenta Goytisolo, puede interpretarse de sus palabras una mezcla de resentimiento hacia sus colegas, y resulta paradójico que entre sus libros preferidos figure uno que nunca vio la luz, que jamás sufrió los intempestivos y a menudo impetuosos gustos de los lectores, y del que jamás podremos saber todo lo que

hubiera dado de sí, tanto la obra mencionada como su enigmático autor de quien nunca nada más se supo.

Ahora, la Editorial Lengua de Trapo rescata para su catálogo, aunque probablemente rescate no debería ser el término más adecuado, una novela de un desconocido escritor argentino, Tulio Stella, de quien lo desconocemos prácticamente todo. Una obra mastodónica de casi setecientas páginas que se subdivide a su vez en siete novelas cortas, que se pueden leer de una forma independiente, y que ha llamado la atención del jurado del II Premio Casa de América de Narrativa Innovadora que convoca dicha editorial. ¿Qué poder de fascinación pudo ejercer sobre el jurado, para que desechando las obras preseleccionadas se dedicaran a rebuscar entre la infinidad de manuscritos hasta que dieron con una caja que contenía tan preciado tesoro? Desconocemos tan enigmática influencia, aunque no cabe duda que *La familia fortuna*, que así es como se denomina la obra, como *La Gándara* en 1962, el año en el que Vargas Llosa se alzara con el Premio Biblioteca Breve, seguro que fue lo suficientemente atractiva como para obligarles a realizar uno de los giros más copernicanos que se recuerden. Así, nos encontramos ante una novela de novelas, tan de moda en estos tiempos, comparada con la *Rayuela* de Cortazar, *El Cuarteto de Alejandría* de Lawrence Durrell, y si me apuran con la *Sefarad* de Antonio Muñoz Molina por su carácter enciclopédico. Con todas las obras mantiene similitudes y diferencias, aunque personalmente me inclino más por la obra de Muñoz Molina, quizás porque el recuerdo de las vicisitudes de *Justine* o *Clea*, o de *Rayuela*, me queda demasiado lejana en el tiempo y eso entorpece una comparación ajustada. Pero en todas ellas predomina un único protagonista omnisciente: Buenos Aires, Alejandría, símbolos decadentes de una sociedad

que se desmorona con sus habitantes. Reflejo de que todas ellas envejecen porque lo hacen quienes las «okupan». Porque se trata de novelas de «okupas», de anécdotas de seres anónimos que sufren, viven y mueren todos los días. *La familia fortuna* está compuesta por siete novelas enlazadas por un nexo común, siete historias a cada cual más sórdida (espeluznante es la del homosexual escritor sentenciado por el sida y su último amante ruso, o la de la huida de una viuda a un lejano pueblo, o la del enfrentamiento de una mujer con la amante de su «ex»...) que abarcan el mundo en su conjunto, y que colateralmente tratan todos los temas malditos de la Argentina universal, que también son los nuestros: la Dictadura Militar, el sida, el terrorismo, la miseria humana... Y aunque a ratos parezca una saga novelesca, nada más alejado en alguien que parece haber sufrido casi tanto como sus personajes. Por eso decía que pocas veces un jurado se ha atrevido de una forma tan insolente a poner en duda la capacidad lectora de un pre-jurado.

Pero esperemos para bien de la literatura, y de cuantas novelas como *La Gándara* permanecen ocultas en algún cajón, que dicha práctica se convierta en habitual. Sería el mejor homenaje que se le podría tributar a quien en su día deslumbrara a Luis Goytisolo.



## RAFAEL AZCONA: LUCES DEL CINE ESPAÑOL

**C**omo casi todos descubrí antes al guionista que al escritor, quizá porque amparado por el desconocimiento, si es que el desconocimiento puede estar avalado por amparo alguno, entendía dicha profesión como una ramificación menor de la de cineasta. Una subescuela oculta, en definitiva. Pero comencé a «ver» cine desde el otro punto de vista, y cómo no, la figura de Rafael Azcona emergió sola. Porque durante no pocos años Rafael Azcona no necesitaba presentación al menos para aquellos que manteníamos la espartana costumbre de aguantar los títulos de crédito de las películas mientras el resto de espectadores abandonaban la sala aún con esa sonrisa picarona que tan buen sabor de boca dejaban sus filmes, o inmersos en toda una pléyade de improperios para con aquellos, nosotros, que nos negábamos a levantarnos de nuestras butacas hasta que se bajase definitivamente el telón.

La espera casi siempre era recompensada y poco a poco, al igual que íbamos reconociendo la firma de quienes traducían las novelas de nuestra juventud, Esther Benítez por ejemplo siempre estará asociada a Italo Calvino hasta tal punto que me es imposible referirme a uno sin

recordar a la otra y Helena Lozano Miralles a Umberto Eco, poco a poco, digo, fueron haciéndose familiares algunos nombres fundamentales de las bambalinas cinematográficas: Teo Escamilla, quien pasó por ser uno de los mejores directores de fotografía que haya dado el cine español junto al oscarizado Néstor Almendros, y cómo no, Rafael Azcona. El Guionista. Y digo El Guionista, así, con mayúsculas, ya que durante largo tiempo uno pensaba que Azcona, como Álvaro Campos o Alberto Caeiro para Pessoa, no era sino un heterónimo de Berlanga, Saura y más cercano en el tiempo de Trueba. O de todos a la vez, qué demonios. Una impostura que se nos colaba domingo tras domingo en las salas de nuestro barrio mezclado con las pipas Churruca y el regaliz rancio.

Recuerdo que en nuestra juventud, cuando el visionado de las películas contribuía junto a las lecturas a nuestra definitiva formación como personas, dudábamos de la existencia de Azcona. Sin embargo siempre estaba allí, en los títulos de crédito, firmando algunos de las más entrañables piezas de los últimos treinta años. Así, desde *El verdugo* hasta *Belle Époque* han pasado casi cuarenta años de luces y sombras del cine español, y qué duda cabe que con un Oscar a sus espaldas, aunque sea ganado colateralmente, el mismo cine que le encumbró en su día, que se arrojó en su pluma aldecoana, habría de abandonar definitivamente las sombras para sacar de su voluntario ostracismo a quien ya se considera insustituible como escritor, como creador y como persona. Recientemente Rafael Azcona se ha puesto de moda de nuevo por un doble motivo: uno, la edición de sus obras completas por la Editorial Alfaguara, algo que es de justicia y que muchos esperábamos con ansiedad. Otro, por la adaptación al teatro de uno de sus mejores guiones. Si *Belle Époque* habría de

marcar una generación, sobre lo que es necesario extender algo más que una duda razonable, dicha afirmación cabe sobre *El verdugo* por más que algunos agoreros del antiguo régimen se empeñen en lo contrario. Cuesta imaginarse un inquisitorial y grisáceo funcionario visionando la película, pero cuesta aún más entender el porqué la dio paso tratándose de una cinta tan cáusticamente irreverente para el régimen. Irreverente porque la historia que cuenta se contrapone con la mordaz realidad del momento en la España de posguerra. Cáustica, porque *El verdugo* se empareja con la corriente surrealista que cruza Europa. Eso sí, marcada por una hispanidad de inmejorables resultados. La reciente adaptación teatral no desmereció de la cinta original, todo lo contrario.

Es posible que Rafael Azcona llevase años imaginándose a Juan Echanove como protagonista involuntario de una parte importante de nuestra reciente historia. Y hasta que el propio actor lo hiciera con igual consideración. Pero seguro que Rafael Azcona nunca hubiera sospechado que un guión que nació con una limitada voluntad crítica se convirtiera con el tiempo en una película de culto imprescindible para entender nuestra reciente historia nacional e internacional. Y eso si que es globalización.



## BARTLEBLY EL ENIGMÁTICO

«**T**odos somos Bartleby» parece querer decirnos Enrique Vila-Matas en su espléndida obra *Bartleby y compañía* que, editada por Anagrama, confirma lo que ya casi todos sabíamos: que aún es posible escribir y editar literatura de alta calidad al margen de modas y grupos.

Y «todos somos Bartleby», porque cuantos sufrimos en nuestras carnes desde nuestra infancia el gusanillo de la escritura vamos descubriendo con el tiempo que no estamos tan solos como pensábamos, y lo más importante, que no éramos unos bichos raros. Y al igual que Bartleby, el fascinante personaje que creara Melville, o Adrián, el enigmático protagonista invisible de la última novela de José María Merino, en la que algunos críticos han querido ver la esencia misma de la meta-literatura, como contrapunto a la meta-poesía, o a la meta-pintura, o a la..., recorreremos nuestra particular travesía por el desierto en soledad, pero en la oscura compañía de aquellos que nos precedieron en este singular oficio.

La historia de la literatura ha dejado para la posteridad infinidad de «bartleblys más o menos anónimos», como Vila-Matas gusta contarnos. No vamos a extender-

nos ahora en ellos, que para este viaje no necesitamos alforjas, y sería manido el ponernos ahora a glosar las excelencias de Rulfo, Salinger o Tom Wolfe inclusive. Pero sí que es cierto que hay quienes ven en semejantes silencios una más que preocupante corriente en la que se ven envueltos desde los tradicionales «negros literarios» (no se asusten, todos sabemos que existen) hasta los más indolentes editores, pasando, por supuesto, por la orla del autor y su obra, para quien tanta disquisición y penuria intelectual las más de las veces le trae al fresco.

No nos engañemos: al igual que hay autores que escriben tanto con la mano derecha como con la izquierda, según el editor y el lector a quienes vaya dirigido su libro, también los hay que optan en un momento de sus vidas por el silencio como privilegio narrativo. Y Vila-Matas ha sabido verlo en toda su dimensión, que no es otra que la de quien en algún momento de su vida se ha sentido un «bartleby». Así, semejante gracia abandona el terreno de lo propio y pasa con todos los derechos a engrosar la larga lista de los epítetos. Y mostrando lo mejor de sí mismo, que no siempre se encuentra en lo escrito, sino que a menudo está en lo no-escrito, se convierte en una forma de ver y de entender la literatura, alejada de corrientes y tendencias, y lo que resulta más juicioso, de las desafortunadas críticas de aquellos que siendo incapaces las más de las veces de escribir nada creativo dedican su pluma a la ingente labor de desprestigiar la ajena, que casi siempre resulta más atractiva que la suya propia. Por eso, «todos somos Bartleby», y como tal deberíamos de comportarnos más a menudo. Y si esto nos resulta especialmente doloroso, cuando menos reposemos el tiempo suficiente para leer *Bartleby y compañía*, y por qué no, a continuación *Bartleby el escribiente*, relato que

descubriera con apenas veinte años, y que me deslumbrara, me imagino, casi tanto como debió de hacerlo a Enrique Vila-Matas.



## JULIO TORRI: UN AUTOR DESCONOCIDO

Uno de los grandes aciertos de los premios literarios es el de dar a conocer al gran público aquellos autores cuya escasa producción acostumbra a ir pareja a su calidad. Me viene esta reflexión a la memoria, como no podría ser de otro modo, porque mi descubrimiento de Juan Rulfo estuvo precisamente avalado por un galardón tan prestigioso como curioso. Rulfo, como casi todo el mundo sabe, es autor tan sólo de una colección de relatos, *El llano en llamas*, de una de las más impacantes e imprudentes novelas de la literatura, *Pedro Páramo*, y de un curioso guión cinematográfico *El gallo de oro*, que descubrí inconscientemente como por casualidad revolviendo entre las viejas estanterías de la biblioteca de mi Oviedo natal.

Revolver sin rumbo fijo tiene esas cosas curiosas a las que nunca, o casi nunca nos sentimos ajenos. Tiene, por ejemplo, que de pronto se nos presenta ante nuestros ojos una curiosidad bibliográfica, un ejemplar extraño, más por quien lo firma que por el contenido que aún desconocemos. Fue así como, también por casualidad, me topé de bruces con otro autor, mejicano como el primero, de quien no sólo no había leído nada, sino del que incluso

desconocía su existencia. Julio Torri nació en Saltillo, en 1889 y murió en México en 1970. Miembro de una de las más brillantes generaciones literarias del momento, fue un consumado bibliógrafo y un voraz lector, y dejó para la historia de la literatura casi un centenar de páginas que le ganaron el respeto y la admiración entre otros de Alfonso Reyes, Juan Ramón Jiménez o Valle-Inclán.

Hay quien ve en Torri un precursor del posterior «boom» de la narrativa latinoamericana. No en vano, la renovación estética llegó de la mano de Reyes o Borges, y Torri habría de jugar un papel esencial con su escasa obra recopilada en dos libros, *Ensayos y poemas* (1917) y *De fusilamientos* (1937), auténticos tratados del relato breve, y precursores de los textos de Cortazar, Arreola y Monterroso. ¿Se puede escribir un libro cada 28 años como hizo Julio Torri? La respuesta es clara. No sólo se puede, sino que se debe.

Un poeta amigo mío siempre viene acompañado a la tertulia de un bolígrafo corriente, uno de esos que se venden en cualquier supermercado, pero en cuyo interior se esconden infinidad de poemas, aforismos y textos breves o no tan breves. Y creo que viene acompañado de ese bolígrafo porque si hay algo que no puede soportar en los demás es la desidia de quienes teniendo en sus manos la posibilidad y el talento de escribir grandes obras se resisten por pereza a tales ejercicios. De ese modo, prestando su herramienta conjura sus particulares demonios, y los de los demás. Julio Torri tan sólo escribió cien páginas. Pueden ser pocas o muchas, en el supuesto de que en dichos trabajos se concentre todo cuanto se haya querido decir. Y como Rulfo o Salinger, un buen día decidió guardar silencio y esconder su bolígrafo. Quizás porque había dicho todo cuanto tenía que decir, o quizás porque ya lo había

prestado en demasiadas ocasiones y se le había vaciado. De cualquiera de las formas, es bueno que las editoriales se acuerden de autores como él, para que recuperándolos a través de sus escritos nosotros podamos disfrutar de su literatura.



## EL TRIUNFO DE LA CONSTANCIA

**A**lgo se está moviendo en el área caribeña. A la demoledora irrupción dentro del panorama literario de la que afortunada o desdichadamente se ha dado en llamar como la generación del «crac», cuyos máximos exponentes hasta la fecha son los mexicanos Jorge Volpi e Ignacio Padilla, se les ha unido con igual fuerza y constancia toda una generación de narradores que para nada desmerecen de sus maestros, y que al igual que sucede con los anteriores, aun siendo considerados por muchos como los hijos naturales del «boom» latinoamericano de Márquez, Cortazar y Vargas Llosa, reniegan conscientemente de semejante parentesco. Son jóvenes, son cubanos y cuando menos, en el caso de muchos, ya tienen alguna obra publicada anteriormente. ¿Suficiente tarjeta de visita de cara a la elección de una lectura? Evidentemente, no. Pero si a estas condiciones, de por sí lo suficientemente ventajosas, dado el peculiar crecimiento que está viviendo la narrativa de esa isla caribeña, le unimos el que hayan sido capaces de superar el efecto de insularidad que sufrieran sus referentes literarios, caso de Virgilio Piñera, estaríamos introduciendo un elemento decisivo a la hora de la misma, toda vez, que estamos hablando de una edi-

torial que, entre otras virtudes, se caracteriza tanto por la calidad como por las ediciones y los textos. Así, el libro *Nuevos narradores cubanos*, editado por Siruela, reúne en sus páginas a veinticinco autores del suficiente arraigo y prestigio como para no pasar desapercibidos.

Nacidos después de 1959, año de la Revolución, muchos de ellos tienen en su currículum numerosos premios literarios, algunos de ellos tan renombrados como en el caso de Karla Suárez o Ronaldo Menéndez, quienes se alzaron ex aequo con el Premio de Narrativa de la Editorial Lengua de Trapo. Se trata, pues, de una nómina de creadores equilibradamente atractiva como para no desmerecer su contenido, al margen de que puntualmente alguno de ellos sea incapaz de copar nuestro agradecimiento político, que han sabido desarrollar una mezcla de relatos costumbristas en los que impera desde la gracia hasta la experimentación, y en los que de una u otra forma, para bien o para mal, la larga sombra de Castro se nos presenta como una necesaria ausencia.

Muy al contrario, Volpi y Padilla entierran en sus novelas el desasosiego producido años atrás por los llamados Hijos de la Revolución. Porque semejante término no es monopolio de lo cubano. También México vivió su particular calvario, travesía del desierto incluida, que algunos parecen ver terminar con las *Cartas de Amor* de Rulfo, recientemente editadas. Como a Bogart en Casablanca, a los mexicanos siempre les quedará Carlos Fuentes, pero como a Bogart en *Casablanca*, no es bueno hipotecar el futuro con falsas ilusiones. Durante el «boom», su generación cumplió como debía hacerlo, de otro modo no se podría entender la reciente historia de los países mal llamados hispanoamericanos, pero terminada su misión, nada fácil por otra parte, justo es reiniciar un nuevo cami-

no de la mano de quienes pueden y saben hacerlo. Y ahí, en ese espacio atemporal, es donde tienen cabida autores de la talla de Ignacio Padilla y su *Amphitryon*, o Jorge Volpi y su desesperada búsqueda de Klingsor. Dos buenos ejemplos para reencontrarse con una literatura que las más de las veces acostumbra a cargar con el pesado lastre de sus progenitores.



## MUTISMO ABSOLUTO

**H**ay autores que pasan por la vida (literaria, se entiende) sin apenas meter ruido, sin levantar polvareda, sin ser objeto de mas recriminaciones o escándalos que los propios que generan las envidias más ruines y mezquinas. Generalmente suelen ser escritores, como algún laborioso crítico literario suele decir, que nunca habrán de jugar en Primera División, entre otras razones porque aún sobrándoles capacidad de trabajo y ambición, les falta talento (dicen), cualidad que en boca de tan sesudos censores suele ser sinónimo de fracaso. Son creadores ocultos, que acostumbran a guardar una timidez nada casual, y que en muchos casos alientan con su silencio el mito de Bartleby.

Me viene a la memoria ahora Juan Rulfo, de quien muchos nada sabíamos hasta la concesión del Premio Príncipe de Asturias de las Letras, y más en concreto hasta aquella demostración de amistad que le dedicara Gabriel García Márquez acompañándole en su entrega, para quien su simple memoria justificaba sus *Cien años de soledad*.

Ahora, se reeditan las novelas completas de otro mito de la literatura: *Margroll el gaviero*, la secuencia histórica que ideara en este caso otro colombiano menos ilustre

que el anterior pero como Rulfo también Premio Príncipe de Asturias de las Letras, amigo de Gabo y como buen amigo del Nóbel que es, referente de su obra. Y ha vuelto a suceder. Gabriel García Márquez, Gabo para aquellos que tienen la fortuna de conocerle, ha vuelto a darnos una auténtica clase literaria, una muestra de su mejor quehacer desde las páginas de un conocido diario nacional. Y todo, para contarnos las diferentes anécdotas que rodearon la génesis y posterior publicación de *Cien años de soledad*.

Es Gabriel hombre parco en palabras aunque no en letra impresa, no en vano en su legado habrá de dejarnos algunas de las páginas más brillantes y de las más lúcidas anécdotas de la historia de la literatura. Y todas, rodeadas del necesario misterio que se le exige a un escritor de la talla moral y humana de Gabo. Y al igual que cuando viniera de incógnito sucesivamente por la vetusta ciudad de Oviedo con ocasión de las entregas del Premio Príncipe de Asturias de las letras a sus amigos Álvaro Mutis y Juan Rulfo, con el único fin de acompañar a quienes consideraba un poco como sus maestros y mentores, ahora que le hacen entrega del Cervantes al primero de ellos rinde homenaje merecido a quien considera un poco como su albacea literario.

Por entonces, cuando el Príncipe de Asturias, pocos conocían (entre ellos me incluyo) la obra del autor del *Margroll el gaviero*, pero mucho éramos los seguidores de la estela del Nóbel colombiano. García Márquez, que no era ajeno a tanta expectación pero que tampoco pretendía robarle mérito a su amigo, estuvo recluso en las habitaciones del hotel hasta la llegada de la hora de la entrega de los Premios. Sólo así algunos pacientes lectores conseguimos que estampase su firma en uno de sus libros. Y al igual que sucediera con Rulfo, pocos conocíamos la im-

postura de Margroll, o de Mutis, o de Márquez. Fue allí cuando comenzó a fraguarse la leyenda de la sugerencia que un buen día, años antes de que *Cien años de soledad* viera la luz, le hiciera Álvaro Mutis a su buen amigo García Márquez: que se leyera el *Pedro Páramo* de un tal Juan Rulfo, y que después escribiera. La historia, tan caprichosa como injusta, habría de tergiversar aquel hecho dotándole de una impronta de candidez que poco o nada aportaría a un suceso cargado de romanticismo. Cuesta imaginar a Gabo recomendándole a Álvaro Mutis la lectura de la maravillosa novela de Juan Rulfo, y no porque atente contra la regla de la verosimilitud, sino porque en nuestro fuero interno ya habíamos trazado la línea divisoria que uniría indefectiblemente a los tres escritores, y lo más importante, nos creíamos la historia.

Aprender a leer es aprender a escribir, y viceversa. Esa lección la aprendió primero Álvaro Mutis para después trasmitírsela a su amigo Gabo. Por eso de alguna forma, Margroll, como el coronel Buendía, están unidos inexorablemente en el éxito y en el fracaso, y por eso quienes reímos, sufrimos y lloramos con la buena literatura no podemos sino sentirnos herederos de la obra del Premio Cervantes como en su día lo fuimos del Nóbel.



## REINVENTAR A PESSOA

**H**oy he visto a Pessoa pasear por las calles de mi ciudad, y tengo que reconocer que no sentí nada especial.

Tengo amigos para los que el simple hecho de tomar un café o una cerveza con el poeta luso, o con cualquiera de sus apócrifos, sería motivo más que de orgullo y satisfacción, de veneración eterna y de recuerdo perpetuo. Igual, hasta fomentarían la colocación de una placa en el lugar en el que supuestamente habrían estado con él degustando un café con su correspondiente vaso de agua. Yo no. ¿Saben por qué? Porque yo no pertenezco a la secta de Pessoa.

Muchas veces me he preguntado el porqué de esa forma de comportarse de aquellos «pessoanos», y siempre llego a la misma conclusión. Ellos son a Pessoa lo que cualquier poeta lusitano a Machado, Juan Ramón Jiménez o García Lorca. Pero de ahí a venerarlo como a un Dios a quien se le negó injustamente el pan y la sal en forma de Premio Nóbel (junto a aquel argentino ilustre de apellido avellanado) dista un largo camino. Muchas veces me he preguntado el porqué de esa manía que tienen los escritores de rejuntarse de una forma endogámica creando capi-

llas y capillitas, que no son sino malas copias de las capillas, o en su defecto sectas de carácter masónico en las que se les exige fidelidad eterna a sus gurus, so menoscabo de verse apartados y marginados. Recuerdo sin ir más lejos un artículo que publicara en su día un cotizado autor al hilo de la secta congetiana, es decir la de aquellos devotos y seguidores de José María Conget, quien a su vez publicara en su día un artículo sobre la secta monterrosina, quien a su vez publicara... Vamos, que todo escritor, o articulista que se precie pertenece o ha pertenecido a alguna secta en algún momento de su carrera. Y sólo cuando ese autor al que veneran con denuedo se populariza, cuando sale al exterior con luz y taquígrafos es cuando la secta pierde su sentido y es abandonada por sus acólitos quienes buscarán con denuedo otro a quien rendir tributo y adorar. Me imagino que aún no le ha llegado el turno de la jubilación al genial poeta portugués, que lo cortés no quita lo valiente, o a mi admirado Jorge Luis Borges. Mira por donde, sin saberlo, yo formo parte desde mis años de adolescencia, desde que descubriera con apenas dieciséis años aquellos fantásticos relatos que habrían de perturbarme durante no pocos años, de la secta borgiana. Una secta que aprovechando las ramificaciones de la red se extiende por el universo electrónico de una forma geométrica casi alarmante. ¡La de veces que habré soñado con *El libro de arena*, o con su laberíntica *Biblioteca de Babel*, oportuna y gráficamente recuperada por Umberto Eco en *El nombre de la rosa*! Por cierto, me figuro que Borges, a su vez, debió de pertenecer a la secta de los satélites de Herbert George Wells, no en vano su célebre *El Aleph* se lo debe a su relato *El huevo de cristal*.

Pero volvamos al inicio del artículo. Hoy he visto a Pessoa pasear por las calles de mi ciudad. ¿O no era Pes-

soa? Algunos creerán haberle visto, dado que su fe ciega, rayando casi en el fanatismo, les inducirá a cometer una y otra vez tan flagrante error.

Yo, desde mi modestia, sólo puedo decir que al que sí que vi paseando por Oviedo fue al genial escritor Antonio Tabucchi, italiano de nacimiento, portugués de adopción y uno de los que mejor conocen la obra del poeta luso y de los que más lo admiran hasta el extremo de que su parecido físico con él raya casi la insolencia. Pero era Tabucchi, lo juro, que vino a Asturias a presenciar el rodaje cinematográfico de su novela *Dama de Porto Pim*, dirigida por Toni Salgot y protagonizada entre otros por Emma Suárez y Antonio Resines. ¿Qué decir de Tabucchi? Pues que yo pertenezco a la secta tabuchiana desde que lo descubriera en mis años de estudiante en la Universidad. Y puedo dar fe de que yo le conozco por sus relatos y novelas y no por su pasión pessoana. Qué le vamos a hacer.



## QUE CIEN AÑOS NO SON NADA

**S**e cumplen cien años del nacimiento de Ramón J. Sender y uno no puede evitar el mirar hacia atrás con el vértigo propio de quienes desde nuestra bisoñez nos amparamos en el desconocimiento de la historia para así no tener que interpretarla. Otros en la etapa escolar lo hacían en nuestro lugar, y así, aún a riesgo de ser tachados como comunistas, intentaban imprimir en nuestras exiguas cabezas valores como libertad, igualdad, solidaridad a la par que nosotros escudándonos en los pupitres nos repetíamos una y otra vez: ¿pero quien será ese Don Ramón?

Poco recuerda uno de él en esa etapa, acaso una maravillosa novela corta, *Réquiem por un campesino español*, tan mal interpretada como bien escrita. No nos engañemos, desconocemos nuestra historia como decía en un principio, porque omitimos a sus protagonistas, pero también porque alguien se empeñó en interpretarla por nosotros. No se puede entender de otro modo que pasara inadvertida hasta estas fechas la publicación que creara en 1935 Ramón J. Sender con más voluntad que medios. *Tensor*, que así se llamaba la revista, se inscribe dentro de la vorágine de medios que nacieron al calor de autores de

prestigio como Rafael Alberti o María Teresa de León, y que ahora, cincuenta años después, se enfrentan a la reválida de la relectura, nada fácil por otra parte habida cuenta de que si cincuenta años no son nada, sí que lo parecen cuando hablamos de los inmediatamente anteriores a la Guerra Civil. Y hay que decir, en primer lugar, que *Tensor* no sólo aguanta la relectura sino que supone un agradable descubrimiento. La Guerra Civil, los tiempos de la II República, están de moda a poco que uno sea aficionado a pasearse por los rastrillos de las ciudades. No hace tanto, un compañero de trabajo y amigo me mostraba orgulloso su última adquisición: los tres ejemplares de la revista *Crónica* inmediatamente posteriores a la proclamación de la II República, que si bien es posible que carezcan de valor literario y cultural sí que no se le puede negar el sentimental. En ellas aparecen fotografías de la época en las que se aprecia la expectación de las plazas abarrotadas de gente esperando la abdicación de Alfonso XIII y su posterior partida del país, el primer Gobierno de la República con Azaña a la cabeza, pero también se percibe la ilusión de todo un pueblo consciente de que algo más que su futuro estaba en juego. Quizás esa pasión por recuperar nuestro legado, revistas incluidas, sea lo que hace que *Tensor* no haya pasado inadvertida, y que no sólo aguante su relectura sino que nos ayude a entender un poco más los trágicos tiempos de nuestros abuelos.

*Tensor* nació con carácter quincenal y se quedó en tan sólo tres números. Hay que tener en cuenta que estamos en lo que se ha dado en llamar el bienio negro, y que aún pesan, y mucho, los acontecimientos vividos en octubre de 1934. Pero si resulta innegable el afán didáctico de los artículos de la publicación, sorteando como pueden la rígida censura, *Tensor* se justifica en sí misma por la llama-

da *Historia de un día* de la vida española, novela colectiva publicada en sus páginas en la que veinticuatro autores de la época escriben sobre lo divino y lo humano en una España que ya entonces se veía abocada al suicidio. Veinticuatro escritores que abordaron una hora cada uno del viernes 27 de septiembre de 1935, y que pretendían con dicho experimento abogar por la colectividad frente a la individualidad en la cultura, en un claro intento por trasladar la fe marxista al ámbito intelectual.

En tiempos de vértigo cultural e institucional, experimentos culturales como los de *Tensor* y los escritores que lo llevaron a cabo representan un flujo de aire fresco que conviene no dejar de respirar.



## ¿LITERATURA INFANTIL?

Hace unos años, un desafortunado ministerio tuvo la desafortunada idea de realizar un spot publicitario en el que aparecía la imagen de un benemérito padre de familia, alto, guapo, sonriente, amigo de sus hijos y mejor esposo pero que tenía en contra el que «nunca había roto un plato» porque difícilmente podía hacerlo quien no compartía con su pareja las tareas del hogar. Básicamente la campaña intentaba animar de esa forma a que la cohabitación hombre/mujer implicase a su vez un reparto de las tareas domésticas. Hasta ahí, totalmente razonable. Es más; desde mi humildad apoyaba la propuesta con todas mis fuerzas, hasta que una amiga me dijo un buen día: ¿Sabes?; a mí que me den ese padre de familia ejemplar que sale por la televisión, buen marido y amigo de sus hijos y esposa, que del resto, de las tareas de la casa ya me encargaré yo.

Hace relativamente poco, paseando por la Plaza Mayor de mi ciudad, tropezamos dicha amiga y yo con una de esas mesas que se instalan en la calle periódicamente con el objeto de recoger firmas sobre las causas más nobles que podamos imaginar. En esta ocasión estaban recogiendo firmas «contra la explotación laboral infantil».

Cuando nos solicitaron nuestra firma, mi amiga, ni corta ni perezosa, les espetó: ¿Por qué sólo contra la infantil y no contra la explotación laboral en general?. Y ni corta ni perezosa los dejó plantados con su bolígrafo buscando nuevos incautos que firmasen su manifiesto.

—Déjala —alcancé a oír que decía uno de ellos—. Ya el otro día me hizo lo mismo cuando estábamos recogiendo firmas por las treinta y cinco horas. ¿Pues no va y me dice que hasta que no seamos capaces de hacer que se cumplan las cuarenta, que nos olvidemos de las treinta y cinco?

Sirva todo esto como ejemplo de lo que les quiero contar a continuación. Recientemente, me figuro que debido a las fiestas navideñas ya pasadas, he tenido la ocasión de adquirir uno de esos libros que si no fuera por lo antes mencionado difícilmente compraría. Uno ya está en una franja de edad en la que prefiere regalarlos a que se los regalen (no, mentira) y por ese motivo decidí contribuir a la incipiente biblioteca de mis hijos Pablo y Henar con un maravilloso ejemplar de los *Cuentos de Shakespeare* escritos para los más pequeños por los hermanos Charles y Mary Lamb, quienes seleccionaron y adaptaron una veintena de obras entre comedias y tragedias y las vertieron en prosa con la nada despreciable intención de hacerlas llegar a los más jóvenes para que éstos, de mayores, sintieran la necesidad de acercarse a las originales piezas del dramaturgo inglés. Una excelente idea que asombra se desarrollara en pleno auge del Romanticismo europeo, y que maravilla aún más hoy en día, dado que no es precisamente la recuperación de los clásicos algo por lo que apuesten los editores. Pero cómo no, al igual que hiciera con anteriores volúmenes, *La leyenda de Sleepy Hollow* de Washington Irving, por poner un ejemplo, Alba Editorial nos entrega el

volumen mencionado en el que podemos acercarnos, algunos por primera vez, de *Romeo y Julieta* a *Hamlet*, de *El Rey Lear* a *Macbeth*, del *Sueño de una noche de verano* a *Otelo*, para a continuación, y esbozando una tímida sonrisa, intuir lo que diría la amiga a la que hacía referencia en el comienzo de este artículo: ¿pero es que esta literatura no es válida para adultos? Por supuesto que lo es. Y no me cabe ninguna duda que cuando Luis Magrinya seleccionó para Primeros Clásicos los *Cuentos de Shakespeare* estaba pensando precisamente es todos aquellos que aún, por suerte, no hemos dejado de ser niños.



## ANNI TUURI: UN AUTOR FINLANDÉS

**D**esde siempre, la literatura, como fuente inagotable de recursos propios y de añejas incertidumbres, ha «parido» escritores que por méritos propios, algunos, o bien por ajenos, los más, se han debido mover en la ilusionante frontera de lo real y lo irreal, de lo inventado y lo existente. Todos recordamos como algo nuestro, casi como un apéndice de nuestro propio barrio, los inhóspitos parajes del Macondo de García Márquez, inhóspitos por su vacuidad que traspasaba todas las fronteras, y todos intentamos en más de una ocasión, una vez doblado el mapa de los EEUU a la altura de Massachusetts, justo donde comienza el primer pliegue, y donde por esa causa tienden a borrarse los nombres de los pueblos, encontrar el territorio perdido de Yoknapatawpha, la ciudad perdida, El Dorado de Faulkner. Más modestamente, aquí en nuestro territorio, Benet se las ingenió para deslumbrarnos con su Región, y allende los mares, un mejicano que respondía al nombre de Rulfo se empeñaba en buscar a un tal Pedro, de apellido Páramo. Hay regiones inventadas, y otras no tanto, que diría Millás, porque la diferencia entre la realidad y la ficción a veces es tan sólo de oportunidad para encontrarnos con nuestro

otro «yo» allá en el fondo de la cama, donde se juntan nuestros «pies» con los suyos.

De sensibilidad para interpretar las cosas, o para observarlas de una manera no-lúcida, Antti Tuuri podría pertenecer por derecho propio a este último grupo, si no se diera en su caso una pequeña salvedad. Si yo les dijera a ustedes un nombre, si yo les nombrara la región de Pohjanmaa, seguramente les recordaría a Faulkner. Y si les diera el dato de Ostrobotnia, les sonaría a cualquier cosa menos a una región de la Finlandia profunda, como de la América profunda lo es por derecho propio la región de Yoknapatawpha, del Méjico profundo la de Comala, la caribeña Macondo de la Colombia profunda, o Región de la España más profunda y más literaria de cuantas se pudieron haber dado. Antti Tuuri, autor finlandés no muy conocido en los ámbitos literarios españoles, podría haber nacido en España, Méjico, Colombia o los Estados Unidos. Pero quiso el destino que naciera en Finlandia, país nórdico del que tan pocas cosas sabemos, salvo que entre su población se encuentran los lapones, aún en plan nómada con sus rebaños de caribúes, los buscadores de oro por la zona de Tankavara, y los cazadores de la tundra por el macizo de los Nattanen (el reino de los osos y de las águilas). Aunque Laponia es un territorio sobradamente conocido, lo más probable es no encontrarse a nadie en su interior, ya que la civilización se concentra en la llanura costera. En Laponia tan sólo hay bosques y paisajes desolados, y si acaso, un buen material para la creación literaria. Y sabemos tan poco de él porque la universalización de la cultura trajo consigo que tanto Márquez, Rulfo, Faulkner, Benet y Tuuri coincidieran en el tiempo y en el espacio literario (si acaso, solo Faulkner quedaría colateralmente al margen). Comala, Región, Macondo, Pohjan-

maa, no son sino representaciones gráficas de la misma desolación intelectual, y de la misma concepción del universo. Porque, ¿quién se atreve a mantener ante alguno de esos autores que efectivamente esos territorios no existen, y que no son sino producto de su desbordante imaginación?

Finlandia ya no es el país de los renos y de los caribúes, por mucho que nos empeñemos en lo contrario, al igual que Alaska no tiene absolutamente nada que ver con aquella maravillosa serie televisiva de culto que respondía al nombre de *Doctor en Alaska*. Y así, nosotros podemos buscar a Pedro Páramo en Pohjanmaa, o al general Aureliano Buendía en Yoknapatawpha, que nunca los habríamos de encontrar. Pero es que posiblemente, por mucho que nos empeñemos en releer a esos autores, tampoco habríamos de encontrarlos en su hábitat natural, del mismo modo que nos resultaría especialmente complicado descifrar si Pedro Páramo es el autor de Pedro Páramo, y Antti Tuuri invención de Antti Tuuri. Porque la globalización de la cultura, la aldea global del III milenio, trae consigo que al igual que Millás es capaz de ir de un país a otro, o de una ciudad a otra, tan sólo poniendo en práctica su teoría de los armarios comunicantes, nosotros podemos trasladarnos de Finlandia a Méjico, al Caribe o a los Estados Unidos, y nadie apreciaría la diferencia literaria entre esas latitudes. Los hechos y los personajes de la obra de Márquez, Rulfo, o Tuuri, sobrepasan las fronteras regionales y tratan historias universales y humanas sobre la venganza y el perdón, el amor y el odio, y sobre las consecuencias de un estilo de vida heredado de sus antepasados. No cabe duda de que la imaginación puede tener múltiples formas, y ésta, tan caprichosa como la propia vida, transformarse en abyectos cuerpos rellenos de desolación y

amarguras. Puede adoptar la forma de una isla (Utopía), de archipiélago (Gont), de ciudades perdidas y fantasmales (Macondo, Comala), de formaciones montañosas (Macerata, Contrera), de ríos sureños (Yokona), o de nombres indescifrables (Yoknapatawpha, Pohjanmaa).

Pero lo único cierto, lo verdaderamente cierto, es que la literatura tal y como la conocíamos hasta ahora comienza a presentarse ante nuestros ojos como lo que verdaderamente nunca dejó de ser en esencia: la visión del mundo desde diferentes ángulos, pero todos interrelacionados entre sí, como lo pueden estar, por ejemplo, las diferentes observaciones de los niños, porque todos, desde su perspectiva infantil, aprecian idéntica realidad: las largas y sinuosas piernas de aquellos que llaman «adultos».

## JUEGO Y RESEÑA: DOS FORMAS COMPLEMENTARIAS DE ENTENDER LA LITERATURA

Con ocasión de una reciente valoración que una prestigiosa revista literaria hizo sobre la abundancia de publicaciones al uso, uno no pudo por más que realizar una sencilla operación aritmética para entender, si cabe, un poco más el irresistible escenario en el que nos movemos. Si se editan unos 60.000 libros al año en castellano, es fácil entender el que abunden los suplementos literarios en los diarios y las revistas especializadas. Pero hecha esta reflexión, si uno advierte que por un lado apenas llegan a las estanterías de las librerías el 1% de los volúmenes editados, estimación generosa, y que por otro las publicaciones a las que nos estamos refiriendo no hacen sino «pisarse» unas a otras la publicación de una reseña, con lo que comienza a ser habitual que los críticos literarios en nuestro país realicen las mismas a partir de manuscritos y no de volúmenes editados, es fácil entender el que comience a cundir el desánimo entre los profesionales del género, a no ser que la actividad de reseñista, de crítico literario en definitiva, se comience a ver como un juego. Por poner un símil que a algunos les puede parecer

desafortunado, uno puede presenciar un partido de fútbol, participar de él, y puede habiendo disfrutado como espectador, realizar una reseña deportiva para cualquier diario. De igual forma, uno puede ser escritor, lector y reseñista, y siempre sin abandonar el espíritu del mismo, trivializar la actividad y «hacerla de alguna forma bajar a la arena». No resulta fácil, lo sabemos, que todos fuimos jóvenes y pecamos de la soberbia propia de ese estado.

Es cierto que al escritor se le admira, es un referente cultural, un modelo social a seguir, y no es menos cierto que el crítico literario con todo, aún siendo considerado por sus padres formativos (los escritores) como alguien que no pudo llegar a su estado quedándose a mitad de camino, participa de dicho nirvana. Pero sólo considerando y tratando la actividad de la crítica literaria como un juego, y por extensión la misma literatura como tal, se podrá avanzar en la difícil tarea de convertirla en un arma de futuro capaz por sí sola de modificar y cambiar el mundo. Y aquí es donde entramos en otro apartado de lo que entiendo debería ser el debate en el siglo XXI, al menos en lo que concierne a la literatura. Aunque dicho debate, por supuesto, debería ser exportable a otras muchas actividades: deportivas, culturales, etc.

La reseña literaria es un juego porque hace participar en la misma a quien la lee. En definitiva es un esquema tan simple y sencillo como el aplicable a un deporte. Y si hay alguien capaz por sí solo de entender este razonamiento, son los niños. Yo, que tengo dos hijos, que son lectores desde su más corta infancia, descubro cada vez que los observo y me explican o cuentan lo que han leído que en realidad están haciendo crítica literaria más acertada si cabe que la de los sesudos que semanalmente leemos en los suplementos y revistas. Y ellos, que aún no están

mediatizados por una cultura occidental excesivamente prejuiciada, son capaces de realizar así unos análisis tremendamente frescos y desprejuiciados, innovadores y a menudo pueriles, pero siempre sinceros. Para ellos es un juego porque este está unido a valores como la sinceridad, y juntos forman un cóctel al alza en un mundo excesivamente despiadado y falto de ellos.

La reseña debe interpretarse como un juego y debe hacer partícipe del mismo a los lectores de igual manera que el relato corto, la poesía o la novela. Pero de ellos hablaremos en otro momento si hay ocasión.

En tiempos de desconcierto cultural e intelectual, sin duda alimentado y promovido desde las esferas del poder, es hora de reivindicar la creación literaria desdramatizándola de sus orígenes, a menudo bastardos o cuando menos poco éticos, y de vincular la crítica literaria, la mal llamada «reseña», en un movimiento de mayor alcance social que se oponga al pasotismo de una juventud desencantada y harta de incumplidas promesas.



## DE PÁGINAS AMARILLAS A LÍNEAS AÉREAS

No es mi estilo el dedicar todo un artículo a ensalzar los logros editoriales de una empresa, como tampoco debería de serlo todo lo contrario, es decir, el denostar sus desaciertos, pero intuyo como de justicia para reestablecer el necesario equilibrio dejado en su día por los otrora sesudos dinosaurios de la edición, el entorpecer, si cabe un poquito más, las revueltas aguas literarias de este descorazonador país. Cuando conocí a Javier Azpeitia con motivo del Salón del Libro Hispanoamericano celebrado en Gijón, yo aún desconocía las interioridades de una labor, la suya, que con mucho está a medio camino entre la filantropía comercial y el mecenazgo cultural. No se puede entender de otro modo la firme apuesta que ha hecho todos estos años junto a José Huerta, auténtico cerebro de la firma, por escritores/as tan dispares y desconocidos entonces como Cristina Sánchez Andrade, autora de una fantástica y perturbadora opera prima, *Las lagartijas huelen a hierba*, obra que contra todo pronóstico ha sabido envolverla en un halo de misteriosa incredulidad, Manuel García Rubio, Martín Casariego, o los recientemente agasajados Karla Suárez y Ronaldo Menéndez, quienes en plena vorágine caribeña supieron no

dejarse arrastrar por los acontecimientos políticos de los últimos meses, que tanto han condicionado la vida de la isla. Y esto, es decir, tales nombres no son sino el particular reflejo de dos hitos de por sí lo suficientemente importantes.

Porque estamos hablando de una forma de entender la literatura que sobrepasa a quienes dirigen el cotarro editorial, y nos estamos refiriendo, en concreto, a la publicación, con una diferencia de unos dos años entre ellos, de *Páginas amarillas* y de *Líneas aéreas*. A decir de muchos, dos antologías más de relatos. A decir de algunos, dos referentes inexcusables para entender la narrativa que se nos acercaba desde ambos lados del Atlántico. Porque si en *Páginas Amarillas* Lengua de Trapo fue capaz de reunir a nombres tan dispares, tan innovadores en su faceta creativa y tan importantes como se ha podido demostrar posteriormente, como Juan Manuel de Prada, Juan Bonilla, Juana Salabert, Marcos Giralte (prefiero quitarle su segundo apellido por aquello de las comparaciones) o el propio Javier Azpeitia, en *Líneas Aéreas*, en un alarde de superación, buscó y encontró la cuadratura del círculo encarnada en los, a veces dulces, a ratos desasosegante, relatos de Fernando Iwasaki (relatos ultracortos, por cierto, tomen buena nota de este género), Santiago Gamboa, Jorge Volpi, abanderado de la generación del «crac», Jordi Soler o los propios Karla Suárez y Ronaldo Menéndez. Relatos a medio camino del trayecto que lleva de Comala a Macondo o a Santa María, pero todos ellos unidos por el vínculo común de quien se siente poseedor de una herencia que traspasa sus propias fronteras. Así, los autores de *Páginas Amarillas* recogieron y superaron el testigo dejado por sus maestros (citarlos a todos sería un alarde de vanidad, pero me gustaría mencionar a Juan Benet, Ignacio Aldecoa, o

García Hortelano, entre otros), mientras los creadores de *Líneas Aéreas* no les han ido a la zaga, y sobrepasaban sus referentes literarios, Gabriel García Márquez, Julio Cortázar, Mario Vargas Llosa, etc., con la sensación de revivir un acontecimiento histórico y de estar delimitando una época, que no de dar carpetazo a un momento literario que continúa tan vigente hoy como lo estuvo en los años sesenta. Cabe decir, por último, que tras la lectura de ambas obras uno tiene la sensación de estar viviendo en dos universos paralelos que se complementan sin



## LO MINORITARIO SINÓNIMO DE CALIDAD

**N**adie duda a estas alturas de la importancia de las editoriales llamadas minoritarias dentro del panorama literario nacional. Esto es porque desde siempre fueron cuna y cantera de las grandes, a quienes les resulta más sencillo, rápido y barato arrebatarse los autores descubiertos por otros a veces con no poco esfuerzo e intuición, que apostar ellas por alguno en concreto. Operarían de ese modo de igual manera que lo hace un club de fútbol poderoso, léase Real Madrid, Barcelona, etc., con los modestos, a quienes cuando les fichan un jugador no les queda más alternativa que el derecho al pataleo, y la búsqueda de nuevos diamantes en bruto, que una vez pulidos y tratados pasarán a su vez a engrosar la nómina de los poderosos. Como se puede observar, la pescadilla que se muerde la cola.

Recordar a algunos de estos escritores sería muy largo y correríamos el riesgo de herir sensibilidades propias y ajenas, personificadas estas tanto en autores como en editoriales. Por ello he preferido referirme tan sólo a aquellas malditas, casi secretas, que a menudo se mueven en los entresijos del panorama cultural español de una forma colateral. Porque colaterales son al fin y al cabo los

riesgos que corren cuando muestran sus mejores galas desde el extrarradio.

Pero aun a riesgo de presentarlos de una forma incorrecta, o de caer en tópicos bananeros que impidan que los árboles dejen ver el bosque, habría que decir que todos, absolutamente todos, editoriales (grandes y pequeñas) y autores, se necesitan unos a los otros para sobrevivir. Es cierto que los pequeños acusan a las grandes de intrusismo profesional, pero no es menos cierto que no podrían sobrevivir la mayoría de las veces sin la existencia de ese supuesto intrusismo, porque la razón misma de su estar y ser en el mercado pasa por aceptar unas reglas de juego que nadie inventó, pero que a menudo recuerdan a una Ley Natural de superior rango. Si, el pez grande (el gran grupo editorial) se come al pequeño, o en su defecto a los autores que previamente ha descubierto, pero el pequeño (la editorial minoritaria) necesita que continúe haciéndolo, para a su vez reafirmarse como la auténtica cantera de nuevos valores literarios, haciendo bueno aquello de que lo minoritario es sinónimo de calidad.

Dicho todo esto, y otorgándole sus respetos a quien de verdad siempre los tuvo, veo llegada la hora de rescatar siquiera a algunas de ese volumen ingente de editoriales que suplen la abundancia de catálogo popular (digámoslo así) con imaginación. Una de ellas, que recientemente he podido descubrir, se trata de la Editorial Igitur, fundada y coordinada por los escritores Rosa Lentini y Ricardo Caro Gaviria, que nació con la firme voluntad de rescatar del olvido aquellos autores y textos que de otra forma permanecerían en el olvido. Ediciones Igitur mezcla de esa forma autores más o menos conocidos con otros que conforman la vanguardia de una evolución literaria que discurre de propuesta en propuesta. ¿Qué quiere decir

esto? Pues ni más ni menos que, al margen de convencionalismos literarios, de modas y de artificios, Ediciones Igitur apuesta por la literatura en su estado más puro. Su última apuesta literaria, *El pasajero Walter Benjamín*, Premio Navarra de Novela 1986 firmado por el propio Cesar Gaviria, recrea los últimos días del escritor y filósofo judío-alemán Walter Benjamín, quien no pudiendo superar el hecho de que en 1940 le impidiesen entrar en España con el firme propósito de alcanzar Nueva York vía Lisboa, opta por la solución más rápida y también más dramática de autoliberación: el suicidio. Con *El pasajero Walter Benjamín*, oportunamente rescatado cuando se cumple el sesenta aniversario de su muerte, no pretende al autor, aunque lo parezca, establecer un debate sobre el concepto histórico de frontera. Así, en la novela se recrean aspectos ya sabidos sobre la muerte de Benjamín, los biográficos con los imaginados, encarnados estos en la recreación de las cuatro mujeres que le acompañaran en aquellos días. Una recreación necesaria para entender y conocer si cabe la particular personalidad de alguien que por fin parece acercárenos a las librerías sin tapujos.



## REGRESO A CELAMA

Luis Mateo Díez, ha vuelto a Celama, el mítico territorio en el que se desarrolla casi toda su obra, y le ha otorgado rango de Reino. Y ha vuelto de una forma un tanto sigilosa, de puntillas por aquello de no despertar a sus personajes. No cabe duda que *La ruina de cielo*, *El espíritu del Páramo* y *El oscurecer*, configuran por separado uno de los desafíos narrativos más apasionantes de los últimos años de las letras españolas, pero juntas, algo que se nos presenta ahora en forma de antología bajo el título de *El Reino de Celama*, alcanzan su verdadera dimensión. Las tres obras que conforman el volumen, más un pequeño apéndice con plano incluido del mítico territorio presuntamente dibujado por uno de sus personajes, Ismael Cuende, a la sazón médico del pueblo y quien se encargara de construir un censo de los muertos del pueblo en *La Ruina del Cielo*, es la historia escrita (y la no-escrita, aquella que nace de la portentosa oralidad o de los recuerdos más íntimos de sus personajes) de una comarca y por extensión de toda la humanidad. Porque entre sus páginas se concentra casi todo cuanto le puede acontecer a un individuo, a una familia o a una generación. Celama resulta ser la consolidación de una forma de entender y de ver

la literatura cuyos contenidos temáticos trascienden lo cotidiano, porque dentro del mundo narrativo de Luis Mateo Díez si no hubiera existido posiblemente habría habido que inventarla. Y eso, ni más ni menos, es a lo que se ha dedicado en los últimos años el autor. Van aflorando así, sucesivamente, todos los habitantes del páramo, cada uno con su particular historia. Unas más entrañables, otras más mordaces, las menos, agradecidas, pero todas igualmente curiosas a nuestros ojos. No cabe duda que es Mateo Díez un creador de mundos novelescos cerrados en los que tienen cabida pocas y muchas cosas a la vez: los recuerdos de su niñez, su particular visión de la vida -y de la muerte-, sus fantasmas más queridos y a la vez lo más odiados... Y esto es un poco la sensación que se desprende de la lectura de las novelas agrupadas bajo el título de *El Reino de Celama*. Lo que no es poco, ya que si es posible que Celama existiera mucho antes que su creador forma parte, junto a Macondo y Comala, de una geografía llamada a resistir el paso del tiempo, cargada de simbolismos que aluden a la desaparición del espacio rural como forma de vida. Y eso es más de lo que se le puede pedir a una obra literaria. Celama y sus lugares son el lugar del regreso para unos y de la huida para otros. Obra cargada de simbolismos, *El Reino de Celama* invita a la reflexión sobre la inoportunidad del ocaso y deja ver la ascendencia de una literatura que apela a envejecer con dignidad, esto es, una literatura atemporal, cualidad que a menudo parecen olvidar algunos de los más granados premios literarios de este país, más obcecados por ver aumentar la cuenta de su libretón que por entregar obras dignas no empañadas que nos ayuden a olvidar un tanto la mediocridad de nuestra propia existencia.

## AGRADECIMIENTOS

Es de justicia agradecer al escritor José Luna Borge la detallada lectura de estas *Cartas del Norte* así como el cariñoso prologo de las mismas, aunque si algo he de reconocerle es que me diera la alternativa cuando dirigía el suplemento literario *La Mirada del Correo de Andalucía* por el año 2000, para después coincidir de nuevo en el suplemento *El Mirador*, en esta ocasión vinculado al *Diario de Andalucía*. Algunas de estas *Cartas del Norte* vieron la luz por tanto en dichos suplementos, mientras que otras lo harían sucesivamente en la revista cultural *El Péndulo*, dirigida desde La Rioja por Roberto Iglesias, o en el portal de internet *Literaturas.com*, de cuya coordinación se encarga Nacho Fernández. A todos los responsables de las mismas, a Miguel Baquero, Alejandro Pérez-Prat y Benjamín Escalonilla, y a cuantos han hecho posible que estas *Cartas del Norte* vean la luz en forma de libro, muchas gracias.



## ÍNDICE

<b>Presentación: El lector constante</b>	9
Círculos literarios: algo más que un Club	13
Dos hombres, dos nombres	17
Azucarillos literarios	21
La secta	25
De cine y literatura	29
Cuando Tim Burton descubrió a Tim Burton	33
Conjurando demonios	37
Días de vino y rosas	41
Reinaldo Arenas versus Javier Bardem	45
Novelas de iniciación	49
Iguales pero distintos	53
La génesis de la novela	57
Novelas inéditas, novelas insólitas	61
Rafael Azcona: luces del cine español	65
Bartleby el enigmático	69
Julio Torri: un autor desconocido	73
El triunfo de la constancia	77
Mutismo absoluto	81
Reinventar a Pessoa	85
Que cien años no son nada	89
¿Literatura infantil?	93
Anni Tuuri: un autor finlandés	97
Juego y reseña: dos formas complementarias de entender la literatura	101
De Páginas amarillas a Líneas aéreas	105
Lo minoritario sinónimo de calidad	109
Regreso a Celama	113
Agradecimientos	115